

CAZADORES DE CEREBROS

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

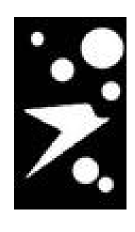
ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

398 - *Las amazonas de Sirox* - Joseph Berna
399 - *Fórmula para disolver planetas* - Glenn Parrish
400 - *El regreso del más allá* - Keith Luger
401 - *Aventureros en el planetoide* - Ralph Barby
402 - *Dictador del espacio* - Marcus Sidéreo

CLARK CARRADOS

CAZADORES DE CEREBROS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 403
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.** Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre corría desesperadamente, como si le persiguieran cien legiones de diablos. Para Erwin Kadd, los dos hombres que iban a su alcance eran como mismísimos enviados de Satanás.

Cualquiera que hubiese podido ver a perseguido y perseguidores, se habría dicho que éstos eran tontos. Más de una vez habían tenido a Kadd al alcance de sus pistolas, pero en ningún momento habían dado señales de utilizarlas.

La deducción era lógica: querían a Kadd vivo.

Y Kadd no quería dejarse atrapar, porque consideraba que le aguardaba un destino peor que la muerte.

Kadd empezaba ya a sentirse falto de aire. A veces, le parecía que el corazón estaba a punto de estallarle en el pecho. Sus piernas perdían rápidamente las fuerzas, mientras sus perseguidores parecían incansables, como si fuesen auténticos robots.

Sucedía, sin embargo, que iban provistos de pequeños propulsores individuales que, si no les separaban totalmente del suelo, les ahorraban la mayor parte del peso. Además, y aunque por lo avanzado de la hora, apenas si circulaba gente por la calle, querían alcanzar a su perseguido en un lugar donde el arresto se hiciese sin testigos.

Una vez, Kadd se detuvo y puso una mano en la pared y la otra en su pecho. Bañado en sudor, buscó desesperadamente oxígeno para sus pulmones. Le dolían los costados y casi no tenía ya fuerzas para mantenerse en pie.

De pronto, se dio cuenta de que estaba en las inmediaciones de un lugar menos alumbrado que el resto de las calles por las que había corrido hasta entonces. Si alcanzaba y doblaba aquella esquina, tal vez tenía una posibilidad.

Haciendo un supremo esfuerzo, inició de nuevo la carrera. Pero aquella detención había hecho perder un terreno que ya no podría recuperar.

Cuando se disponía a meterse en la calle transversal, oyó el sonido rítmico de unos pasos que se acercaban inexorablemente: slash, slash..., slash, slash...

Dio la vuelta a la esquina y entonces se tropezó inesperadamente con un hombre que parecía surgido del suelo.



Para Leonard (Leo) Bell la velada no había podido resultar más agradable. La dama con la cual había permanecido hasta entonces, había demostrado cumplidamente ser dulce, cariñosa y llena de una voluptuosidad como Bell había encontrado pocas veces. Lástima que no le hubiese permitido

continuar con ella hasta el alba.

Porque la dama temía la vuelta de su marido.

—En estos tiempos, en pleno siglo veinticuatro... —se había asombrado Bell— hay hombres que se creen todavía en la Edad de Piedra. Más vale no tropezarse con ellos, querido.

Era la respuesta de la dama que Bell, en medio de su decepción, no pudo por menos de calificar de sensata. Pero había conseguido arrancarle la promesa de otra velada análoga.

—O quizá superior en todo —había insinuado ella, al despedirle con un cálido beso.

Y dominando su frustración, aunque pensando que tampoco era como para quejarse, sino todo lo contrario, Bell se había visto puesto de patitas en la calle.

Avanzó unos pasos y entonces fue cuando, súbitamente, un hombre se le echó encima.

—¡Eh, pedazo de estúpido! —dijo Bell malhumoradamente—. ¿Es que no tiene ojos en la cara? A ver si mira dónde pone los pies...

Inesperadamente, sonó una exclamación de súplica. Kadd había reconocido la voz de un antiguo y buen amigo.

—¡Leo! ¡Leo Bell! —dijo, a la vez que se aferraba fuertemente por los hombros—. Eres tú, gracias a Dios... Amigo, amigo, sálvame, te lo suplico por lo que más quieras... ¡Sálvame, Leo, sálvame!

Bell se quedó estupefacto. También él había reconocido al hombre que le suplicaba con tanta congoja.

—Por todos los... Pero si es Erwin Kadd —exclamó—. ¿De dónde sales, viejo amigo? ¿Qué te sucede?

—Ellos me persiguen... Quieren llevarme y yo no quiero. Será mi muerte...

De repente, dos sombras oscuras aparecieron a pocos pasos de distancia.

—¡Ahí están! —gritó Kadd, presa de un vivísimo terror—. Leo, no dejes que me lleven... ¡No, no quiero ir! —concluyó el perseguido con acento que no expresaba por completo el infinito pánico que le poseía.

Bell trató de rehacerse de la sorpresa causada por aquel inesperado encuentro. Los dos perseguidores se detuvieron a un paso de distancia. Entonces, Bell vio los negros uniformes y las placas en el frontis del casco con visera y en el lado izquierdo del pecho, y comprendió el pavor de su amigo.

Eran miembros de la Policía Interestelar, División Terrestre. Bell sabía las amplísimas facultades de que estaban dotados aquellos hombres y sabía también que cuando actuaban, lo hacían apoyados por las más altas esferas y provistos de la documentación pertinente, a fin de que ningún juez pudiera declarar ilegales sus actuaciones. Uno de ellos puso su pesada mano, enguantada en negro, sobre el hombro del perseguido y preguntó:

—¿Es usted Erwin Robson Kadd, Número 0E-447214-F17? —recitó con

voz casi mecánica. Al mismo tiempo que hablaba, mostraba en la otra mano un papel alargado y, sin esperar la respuesta afirmativa del aludido, continuó —: Lo siento, señor; tenemos órdenes de llevarle al CCI, Sección de Exploraciones y Entrenamiento. La orden está firmada por el director del Centro personalmente.

—¡Pero yo no quiero ir! —dijo Kadd desesperadamente— Esa persona no tiene ningún poder para obligarme a hacer algo contra mi voluntad. Según la Constitución, ningún ciudadano puede ser forzado a realizar actos que repugnan a su propia conciencia...

—Repito que lo siento, señor —dijo el guardia, impasible. Nosotros nos limitamos a cumplir órdenes. Tendrá que formular sus reclamaciones ante la persona competente, una vez se encuentre en el lugar al que hemos de llevarle.

Entonces fue cuando Bell se decidió a intervenir y adelantó un paso.

—Perdón, oficial —dijo— Creo que mi amigo tiene razón...

—¿Quién es usted? —preguntó el otro policía bruscamente—. Enséñeme su documentación, por favor.

—Claro, al momento. Pero deben saber que haré constar mi más enérgica protesta...

—Nosotros no se la admitimos, señor; no tenemos facultades para ello. Simplemente, nos han entregado una orden de encuentro y hemos de cumplirla.

Bell apretó los labios. Aquel eufemismo, «orden de encuentro», encubría realmente el significado del documento que el guardia blandía tan orgullosamente: era un mandato de arresto. Pero ya tenía su tarjeta personal en la mano y el otro guardia se había apoderado de ella.

El policía leyó:

—«Leonard Campeaux Bell, Número 3T-004704-L-11, soltero, treinta y seis años, ingeniero estelar, domiciliado en la XXXI Avenida, 7.702...» Con su permiso, señor, vamos a comprobar la exactitud de los datos de su tarjeta de identidad.

—Claro —accedió Bell. Lo que hacía el policía era legal, no podía negarse a su petición.

El guardia descolgó de su hombro izquierdo algo que parecía un grueso libro, metido en una cartera oblonga de cuero negro. Levantó la tapa y metió la tarjeta en una ranura. Luego extrajo una pequeña antena y presionó una tecla.

Una luz roja se encendió en la caja. Bell sabía que las cifras impresas en la tarjeta metálica eran enviadas instantáneamente a la computadora de registro demográfico, cuya respuesta llegaría en cuestión de segundos. Y, en efecto, así sucedió.

La luz roja se transformó en verde, a la vez que sonaba un débil chasquido y la tarjeta era expulsada parcialmente de su ranura. El policía terminó de sacarla y se la devolvió a su dueño.

—Le ruego me dispense, señor; pero últimamente se han producido algunos casos de falsificación —dijo.

—No tengo nada que objetar a lo que ha hecho, oficial —manifestó Bell —. Pero sí quisiera solicitar para mi amigo...

—¡Imposible! —cortó secamente el otro guardia—. Hemos recibido una orden y la cumpliremos por encima de todo.

Bell captó en el acto la nota de amenaza que latía en la voz del sujeto. Resultaba evidente que el guardia se sentía apoyado por la ley y que rechazaría por la fuerza, si era preciso, toda acción tendente a impedirle ejecutar la misión encomendada.

Tristemente, se volvió hacia su amigo.

—Ve con ellos, Erwin —dijo—. Lo siento, no puedo hacer nada por ti... ahora. Pero mañana..., es decir, luego, veré a una persona que quizá pueda revocar esa orden...

—Por favor, Leo, no me dejes... —gimió el detenido, completamente abatido—. Me transformarán en una máquina pensante...

Con ojos melancólicos, Bell vio alejarse a su amigo, casi sostenido en vilo por los dos policías. De repente, se sintió acometido por un violento acceso de cólera.

—Estamos en pleno siglo veinticuatro y seguimos empleando procedimientos que repugnarían a un salvaje —exclamó sin poder contenerse —. ¿De qué nos sirven tantos adelantos, si una persona tiene poder para disponer de la vida de uno de sus semejantes, sin que nadie le pida cuentas?

Crispó los puños y buscó una acera deslizante que le llevase de vuelta a su domicilio. El encuentro con su amigo había borrado todo buen recuerdo de la velada que acababa de pasar, poniendo en su boca sabor de cenizas amargas.



Impasible, casi convertido en una estatua, Bell dejó pasar las horas en la antesala por la que circulaban funcionarios de ambos sexos, que parecían atareadísimos, yendo y viniendo con carpetas atiborradas de papeles o maletines estallantes de cartuchos de cinta grabados con órdenes, instrucciones y recomendaciones de toda clase. Había llegado pocos minutos después de las nueve, eran casi las doce y media y la persona a la que quería visitar no había dado todavía señales de vida, al menos para él.

De repente, la puerta del despacho tan frecuentado se abrió y un atildado secretario, sobre cuya masculinidad abrigaba Bell serias dudas, se le dirigió con el mismo aire de superioridad que emplearía para dirigirse a un insecto.

—Señor, la directora Wakeman le aguarda, y le ruega sea lo más breve posible. Confidencialmente, señor, la próxima vez que quiera ver a la

Directora, le ruego formule su petición con tiempo...

Bell se puso en pie y miró al sujeto de arriba abajo.

—¿No le da vergüenza? —preguntó.

El funcionario se encrespó.

—Vergüenza, ¿de qué, señor?

—De vestir como un hombre —contestó Bell, a la vez que echaba a andar hacia la puerta que se había abierto y cerrado tantas veces aquella mañana.

La puerta estaba cerrada y Bell no tuvo siquiera la cortesía de tocar en ella con los nudillos. Abrió y golpeó la puerta con el tacón. Al ruido, la mujer que estaba en pie, frente a un gigantesco ventanal circular, se volvió y le miró críticamente.

Era alta y muy hermosa, de formas opulentas, pelo rojizo, severamente peinado, y ojos intensamente negros. Vestía una especie de túnica larga, con mangas holgadas, pero no era la que solía usar habitualmente durante sus horas de despacho. La directora del CCI no emplearía aquella túnica tan transparente, que permitía ver su espléndida silueta a contraluz. Seguramente, pensó el visitante, se había cambiado para impresionarle.

—Hola, Leo Bell —dijo la mujer—. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos?

—Mucho —admitió el hombre—. ¿Meses o años, Phyllis Wakeman?

—Para ciertas cosas, no me preocupo de las fechas —respondió ella— Pero ¿qué te ocurre? ¿Por qué has venido a verme, cuando ya ni siquiera me acordaba de ti?

—Tu cargo no te deja tiempo para acordarte de las antiguas amistades. Estás tan ocupada, que ni siquiera mi nombre te ha hecho alterar tu ritmo actual de trabajo.

—¿Y por qué había de alterarlo? Entre tú y yo no hay nada ya, Leo. ¿O es que has venido aquí pensando en que lo que sucedió hace algunos años puede conferirte algunas ventajas políticas?

Bell oyó aquellas palabras y se descorazonó.

—Sí, tienes razón —convino—. Creo que esta visita ha sido una pérdida inútil de tiempo. Dispénsame la molestia.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Había puesto demasiadas esperanzas en la entrevista con Phyllis Wakeman y su respuesta las había convertido en humo instantáneamente. Ya no podría hacer nada por su desdichado amigo.

Cuando salió, Phyllis se inclinó sobre un interfono y dio una orden:

—Quiero que sigan al ingeniero Bell a todas partes adonde vaya.

—Sí, directora —contestó alguien con acento disciplinado y respetuoso.

CAPÍTULO II

De pronto, cuando regresaba a su casa aquella tarde, se dio cuenta de que alguien le seguía.

Parecía un tipo insignificante. Vestía una especie de blusa holgada, de tejido barato y pantalones que más bien era una malla ajustada a unas piernas de ridícula anatomía. Bell se detuvo en una ocasión para contemplar un escaparate, en donde se realizaba una exhibición práctica de un nuevo tipo de proyector, y con el rabillo del ojo vio al tipo acercándose a la nariz algo que parecía un inhalador. «Pero cuando uno inhala un vapor que destape las fosas nasales, no mueve los labios, como si bisbisease una oración», se dijo.

Por tanto, aquel supuesto inhalador era un transmisor de radio y el tipo de las piernas torcidas estaba informado de sus actividades.

Decidió darle una lección. Unos minutos más tarde entró en una casa que no era la suya.

El espía, desconcertado, le siguió. Bell había elegido bien el lugar y cayó sobre él como un huracán.

—Oiga, ¿qué hace...? —empezó a protestar el sujeto.

La primera acción de Bell se encaminó hacia el transmisor, que arrebató a su dueño. Después de arrojarlo al suelo, lo pateó, hasta reducirlo a minúsculos fragmentos.

—Le denunciaré... —dijo el espía.

Entonces, Bell agarró su blusa con ambas manos y la rasgó por completo.

El hombre chilló. Inflexible, Bell, que le pasaba un palmo largo y casi veinticinco kilos, acabó por arrancarle, toda su indumentaria, dejándolo tan desnudo como el día en que nació. Luego lo hizo girar en redondo y lo echó a patadas a la calle, sin hacer el menor caso de sus protestas.

Inmediatamente se formó un alboroto mayúsculo. El espía chillaba con toda la fuerza de sus pulmones, quejándose de que le habían atacado y despojado. Bell buscó entre los ropajes hechos jirones la documentación del sujeto y salió corriendo. Instantes después, la tarjeta de identidad del espía iba a parar a una alcantarilla.

Una patrulla de policías intervino a los pocos segundos, apartando a la gente con modales nada suaves. El espía alegó su condición de funcionario de cierto importante departamento, pero como no tenía nada para probarlo, fue empujado sin ceremonias hacia el aeromóvil policial, en medio de los gritos y las risas de la multitud que se había congregado en aquel lugar.

Y ya, completamente tranquilo, Bell pudo continuar sin más incidentes el camino de regreso a su casa.

* * *

Después de abrir la puerta, dio unos pasos y se quedó inmóvil en el centro de la sala. Sentada en el diván, Phyllis Wakeman le contemplaba con la sonrisa en los labios.

—Hola, Leo —saludó con voz llena de insinuaciones.

Bell la contempló unos segundos. Luego fijó la vista en el manto negro que yacía sobre una silla. Así se explicaba la sugestiva indumentaria de su bella visitante, una especie de camisa corta, muy transparente, que permitía ver sin dificultad las dos únicas y livianas prendas que llevaba debajo.

—¿Te ha abierto la puerta alguno de tus empleados? —preguntó al cabo,

—No, tu conserje. Le di una buena propina —explicó ella.

—Cuando le vea yo, le daré un buen estacazo. —Bell se acercó a una mesa situada frente a la dispensadora de alimentos y bebidas, y marcó la tecla de CAFÉ SOLO—. ¿Te has servido algo?

—Tu máquina es muy pobre. No dispensa bebidas alcohólicas — criticó Phyllis.

—Claro, claro, yo soy solamente un pobre ingeniero, con un sueldo miserable... No soy aficionado a la política, de modo que me resulta imposible conseguir una máquina que dé whisky, jerez, málaga, oporto y hasta cócteles. Por cierto, tu máquina, ¿dispensa también billetes de Banco?

—No seas mordaz, Leo. Ganas dinero y podrías tener esa máquina...

—Prefiero destapar una botella. Cuando encuentro una que contenga bebida auténtica, no sintetizada, claro. —Bell sacó el vaso con el café humeante—. Pero no has venido aquí para hablar de máquinas, ¿verdad?

—¿Por qué no te sientas a mi lado? —sugirió ella, insinuante.

—Estoy bien de pie, gracias.

Phyllis suspiró y las curvas de sus senos alcanzaron el máximo de rotundidad.

—Eres el mismo de siempre, orgulloso, lleno de desdén... Por eso no has hecho carrera, Leo.

—Quizá porque en estos tiempos que corren tengo todavía un poco de sentido de la dignidad.

—Lo cual quiere decir que piensas que yo no la tengo.

Bell se encogió de hombros.

—Piensa como gustes —contestó fríamente.

De pronto, Phyllis se puso en pie.

—Leo, hace dos días fuiste a visitarme a mi despacho oficial. Debías tener mucho interés en verme, porque estuviste más de tres horas aguardando pacientemente, sin moverte apenas... ¿De qué se trataba, Leo?

—Cuando te oí hablar, me convencí de que había perdido el tiempo y que no podía esperar ayuda por tu parte —dijo él hoscamente.

—Ni siquiera me contaste tu problema. ¿Por qué no lo haces ahora?

—Un amigo mío fue arrestado por dos agentes de la División Terrestre de la Policía Interestelar. Se lo llevaron al CCI.

—Ah, era eso —dijo Phyllis un tanto pensativa—. Creo que lo siento, no podré hacer nada por tu amigo.

—Él no quería ir y se lo llevaron a la fuerza. Demasiado sabes por qué, Phyllis. Nadie puede obligar a otra persona a hacer algo que va contra sus convicciones. Vosotros no podéis forzar a que mi amigo haga lo que no quiere. Lo dice la Constitución Universal...

Phyllis pateó el suelo con fuerza.

—Hay algo que se llama razón de Estado —exclamó colérica—. Necesitamos hombres como tu amigo. Andamos escasos de personal para las comunicaciones interestelares. Pero ¿es que no te das cuenta que el CCI es el descubrimiento más beneficioso, después del de América por Colón?

Bell se echó a reír burlonamente.

—He leído un poco de historia —dijo—. Cada vez que se descubría o se inventaba algo importante, se decía siempre que era lo más grande después del descubrimiento de América, cuando no una cosa muy superior. Pero ese descubrimiento ha condenado a la infelicidad a cientos o miles de seres que sólo ambicionaban vivir en paz y que ahora se ven encadenados a un pupitre y sujetos a una clase de esclavitud como el mundo no la ha conocido jamás, ni siquiera en los tiempos babilónicos. En pocos años, esos hombres y mujeres quedan convertidos en unos pingajos, completamente arruinados física y moralmente..., ¿y aún te atreves a mencionar la razón de Estado?

—Sí —contestó ella con gran vehemencia—. Y tú sabes también que no puede ser de otra forma. Los necesitamos, necesitamos que quinientas o mil personas padezcan un poco, durante algunos años, para procurar bienestar a decenas de miles de millones. Además, no quedan tan enfermos como dices; competentes equipos médicos se ocupan de ellos, después de que termina su período de servicio y, al cabo de algunos años, la mayoría vuelven por completo a la normalidad. Y ya no tienen necesidad de trabajar el resto de sus días y perciben un retiro de príncipe y tienen alojamiento y comida, y todo absolutamente gratis. Sí, su vida durante el servicio de transmisión instantánea es un poco dura, pero si no fuese así nuestra civilización sufriría un duro golpe.

Bell se quedó con la vista fija en la hermosa mujer que tenía ante sí.

—Has dicho la mayoría —le recordó—. Pero ¿qué pasa con la minoría? ¿Qué sucede con los infelices que no son capaces de superar los esfuerzos a que son sometidos?

Phyllis hizo un gesto de indiferencia.

—Lo siento. Alguien tiene que perder, para que ganen los demás —contestó.

—Alguien —bufó el hombre—. ¿Y si te hubiese tocado a ti?

—Pues me habría fastidiado, como el que ha sido elegido en la forma prescrita por la ley También a ti te hicieron pruebas y no diste resultado,

¿verdad? Tu potencia mental es muy débil, como la mía. En cambio, ese amigo tuyo, Erwin Kadd, tiene una potencia de coeficiente once a uno.

—Ah, ya lo habéis investigado...

—Claro, se le hicieron las pruebas convenientes, pero escapó.

—Y tú diste la orden de busca y captura...

—Lo hizo uno de mis ayudantes, ¿qué más da? No podíamos permitirnos el lujo de perder a un tipo con el coeficiente de once a uno. La inmensa mayoría de los telépatas apenas llegan al coeficiente ocho a uno. Un ocho cincuenta a uno es ya un caso poco corriente. Cuando encontramos un nueve a uno, lo consideramos poco menos que un superhombre. Figúrate, tu amigo, con un once y algunas centésimas a uno... Imagínate la diferencia entre él y nosotros. Mi coeficiente es de cero novecientos noventa y dos a uno, y el tuyo de uno y tres décimas a uno. No podemos compararnos ni de lejos con el telépata más débil.

—El telépata más débil es un ser humano, Phyllis —le recordó él gravemente.

—¡Pero los necesitamos, Leo, los necesitamos desesperadamente! —clamó la mujer—. Sin ellos nuestro Imperio no existiría y tú lo sabes muy bien. Nuestras naves interestelares recorren cientos de años luz en cuestión de semanas, pero no podemos permitirnos el lujo de dilapidar tanto tiempo en la transmisión de mensajes.

»Una astronave es algo real, tangible, y dispone de hipermotores que le permiten el paso al subespacio, con lo que, en cuestión de minutos o de horas, salva distancias inimaginables. Pero la radio está basada en el empleo de las ondas que se denominaron hertzianas en su principio, y las ondas de radio son algo inmaterial, impalpable..., no pueden llevar consigo el hipermotor que las haga llegar instantáneamente desde el punto de emisión al de recepción. Por tanto, hemos tenido que recurrir a los telépatas, porque el pensamiento no está sujeto a las leyes de la física y puede alcanzar instantáneamente el más remoto punto de la galaxia.

»Un ejemplo, Leo —prosiguió Phyllis acaloradamente—. Por primera vez en la historia, una nave de exploración ha alcanzado la nebulosa de Andrómeda, a dos millones de años luz de distancia. Ese viaje, pese a la perfección de los mecanismos, ha costado casi tres años de nuestro tiempo. Imagínate tú mismo ahora una estación espacial en Andrómeda. ¿Cuánto tiempo tarda tu pensamiento en situarse en aquella nebulosa? Menos de fracciones de segundos, ¿verdad? En la transmisión telepática, la palabra instantaneidad cobra su verdadero significado: se hace al instante. Y por todo eso —concluyó ella, ya casi sin respiración después de tan larga parrafada—, hemos tenido necesidad de echar mano de tu amigo y de otros que se hallan en sus mismas condiciones.

Bell apretó los labios.

—No me convencerás, Phyllis —dijo—. En teoría, todo lo que has dicho está muy bien: se necesitan comunicaciones instantáneas de la Tierra con los

distintos centros y colonias espaciales, pero en la práctica esas comunicaciones no son tan necesarias, a menos que...

—¿A menos que... ? —repitió Phyllis un tanto burlonamente— No te detengas y dilo de una vez, Leo.

—Aunque no intervengo en política, estoy al tanto de lo que sucede; por lo menos de lo que se dice públicamente. Tú ya sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Ella irguió orgullosamente el hermoso torso.

—Leo, por favor, tienes dos opciones: apartarte a un lado o unirte a nosotros —dijo—. Si aceptas lo segundo, tendrás todo lo que quieras, incluyéndome a mí. No creo que me hayas olvidado tan fácilmente, ¿verdad?

—No, pero si entonces ya vi en parte lo que eras, ahora acabo de verlo con toda claridad. Puedo, si quieres, apartarme a un lado, pero no cuentes que me una a vosotros.

—Está bien, te he hecho una proposición y no la has aceptado. Tú, en cambio, has tomado una decisión, de modo que no te desvíes de ella.

—Aunque no lo expreses claramente, se nota la amenaza —sonrió Bell.

Phyllis no contestó. Agarró el manto y se lo puso sobre los hombros, envolviéndose a continuación el resto del cuerpo.

—Ah, un momento —exclamó Bell de repente—. Creo que uno de tus hombres ha tenido un tropezón. Lo han pillado en la calle completamente desnudo, y se lo han llevado arrestado, bajo la acusación de inmoralidad pública. Estos tiempos —rió el hombre— tienen algo de bueno: toda la libertad que se quiera, pero sin herir los sentimientos de los demás. Y como la desnudez en la vía pública está prohibida.

Phyllis le lanzó una penetrante mirada.

—No sé de qué me hablas, Leo —contestó glacialmente.

—Bien, ya te enterarás cuando regreses a tu despacho. Mientras tanto, gracias por tu visita y las interesantes ofertas que me has hecho.

Phyllis se marchó furiosa, aunque conservando la suficiente corrección como para no dar un portazo. Bell meneó la cabeza y se dijo que debía hacer todos los posibles por olvidar la estancia de Phyllis en su casa. Pero, de repente, oyó al otro lado de la puerta un fenomenal estrépito.

CAPÍTULO III

Atraído por una invencible curiosidad, Bell abrió la puerta, encontrándose con un insospechado espectáculo.

Phyllis había sido atacada violentamente por una persona de su mismo sexo, una muchacha algo más joven que ella, y que parecía presa de un furioso ataque de cólera. Los golpes que propinaba la chica apenas tenían contrapartida en una débil defensa por parte de Phyllis, poco habituada, por otra parte, a tales encuentros.

El manto de Phyllis había caído por el suelo y la muchacha le golpeaba despiadadamente con los puños en los flancos y en el pecho. Algunos de sus golpes iban también a la cara, y mientras tanto la muchacha, sin respeto para la elevada jerarquía de Phyllis, la cubría de injurias, diciéndole mil lindezas, la menor de las cuales se refería a su nacimiento nada honroso.

—Mi prometido..., es un guiñapo por tu culpa, miserable ramera... Ya no será más hombre por vuestra inmunda ambición...

De pronto, la chica agarró a Phyllis por el pelo y empezó a tirar con todas sus fuerzas. Phyllis chillaba furiosamente, pero en su voz empezaban ya a captarse notas de pánico.

El fragor de la pelea se había extendido por toda la planta y, de distintos departamentos, habían asomado algunas personas, que se dispusieron a intervenir para separar a las dos mujeres. Al darse cuenta, la chica lanzó un penetrante grito:

—¡Dejen que dé a esta zorra lo que se merece! ¡Es la directora del Centro de Comunicaciones Interestelares! En realidad, es la jefa de la banda de cazadores de cerebros...

Bell se dispuso a intervenir, tanto porque empezaba ya a sentir lástima de Phyllis como por evitar posibles males a la chica. Agarró a ésta por la cintura, tras haberse situado a su espalda, y tiró de ella hacia sí.

La chica perneó frenéticamente.

—¡Suélteme, suélteme! —Chilló.

—Calma, calma —dijo Bell con voz persuasiva—. Ya ha tenido bastante. Es hora de buscar un poco de tranquilidad... —Miró a Phyllis, que ofrecía un aspecto lastimoso, con las ropas desgarradas, el pelo revuelto y desgreñado y un ojo que se ennegrecía rápidamente—. Anda, vete pronto.

Phyllis recogió su manto y miró amenazadoramente a la muchacha.

—Lo pagará caro, señorita Louis —dijo.

La chica sacó la lengua en son de burla.

—¡Fuera, marrana!

—Phyllis, creo que no debes hacer nada que te comprometa — aconsejó Bell, que no había soltado todavía a la chica—. Este no es un asunto oficial y la publicidad resultaría contraproducente.

Ella apretó los labios y se marchó con vivo taconeo, abriéndose paso entre los curiosos que habían presenciado la escena. Sonaron abucheos y silbidos, y uno le pegó una fuerte palmada en el trasero, provocando las risas de los demás al ver el salto que daba Phyllis. Bell meneó la cabeza

pesarosamente; una mujer humillada, con los sentimientos de su antigua amiga, podía resultar peligrosa.

Pero decidió ocuparse de la chica. Su presencia allí le intrigaba notablemente, pero, sobre todo, la enemistad que tan claramente había mostrado hacia Phyllis.

—Venga aquí, muchacha —dijo comprensivamente—. Vamos a ver si conseguimos que se calme...

Ella se dejó llevar sin resistencia. De pronto, al cruzar el umbral, pareció perder todo su ánimo y rompió a llorar amargamente.



Bell fue a la dispensadora y pidió café. La chica estaba sentada en una silla y ofrecía un aspecto de total desconsuelo. Entre hipido e hipido fue tomando café hasta calmarse un tanto.

—No sé qué decirle... —habló poco después, sin abandonar su tono de aflicción—. Creo que me he portado como una histérica..., pero sabía que tenía que desahogarme de alguna manera.

—Apaleando a la señora Wakeman —sonrió Bell.

—Sí, se lo merece de sobras. Si viese usted cómo ha quedado mi prometido... Perdón, no me he presentado todavía. Me llamo Myra Louis.

—Yo soy Leo Bell. ¿Qué tal, Myra?

—Encantada..., o quizá no deba decir eso. Usted es amigo de la directora.

Parecía como si la chica volviese a recobrar su ánimo belicoso.

—Bien, nos conocemos, pero eso no quiere decir nada —respondió Bell, a la defensiva—. Conozco a un estafador y ello no significa que apruebe sus métodos. Lo mismo me sucede con la señora Wakeman.

—Entonces, ¿por qué estaba ella en su casa? No es muy corriente que la directora haga visitas a personas de insignificante relieve social, ¿verdad?

Bell se echó a reír.

—Su franqueza es encantadora, Myra. La directora y yo fuimos amigos en tiempos. Ahora simplemente somos conocidos. Hace dos días, sin embargo, fui a pedirle un favor y me lo negó. Hoy vino dispuesta a concedérmelo, aunque bajo unas condiciones que yo no podía aceptar en modo alguno. Esa es toda la historia. Y ahora, ¿por qué no me cuenta la suya? ¿Qué le pasa a su prometido?

—Tenía un coeficiente de una potencia mental de nueve coma setenta a uno. Hizo tres años de servicio en una estación de comunicaciones, concretamente en Epsilon-Vuk-12. Al terminar lo trajeron a la Tierra, hará cosa de un par de meses, convertido en una ruina física. No come ni bebe ni se mueve, tienen que alimentarlo artificialmente; no reconoce a sus padres y

tampoco me conoce a mí y... Es horrible, se lo juro, señor Bell, horrible.

—De modo que su prometido era telépata.

—Sí, y los hombres de esa horrible banda le echaron el guante y lo acondicionaron para la transmisión telepática. ¿Ha estado usted alguna vez en una estación de comunicaciones telepáticas?

—Confieso que no, Myra. ¿Usted sí?

—Después de mucho rogar, conseguí que me dieran permiso para visitarlo en Epsilon-Vuk-12. Llevaba catorce meses de servicio y le costó muchísimo reconocerme. Era ya sólo una máquina con aspecto humano..., pero ahora ni siquiera tiene esa apariencia. Si usted lo viera...

—Lo siento muchísimo —dijo Bell—. También se llevaron a un buen amigo mío y ahora lo acondicionarán para la transmisión de mensajes instantáneos. Tiene un coeficiente de once a uno, ¿sabe?

—Compadezco a su amigo, señor Bell. —Myra se puso de pronto en pie —. En fin, creo que debo marcharme ya. Agradezco mucho sus atenciones...

Bell tomó la mano que le ofrecía la muchacha. Myra era muy alta, de figura robusta, con senos firmes y rotundas caderas, pero su misma estatura la hacía parecer singularmente esbelta. Con medio palmo de menos, habría parecido una chica bien rellenita. Bell se dio cuenta de que debía de ser aficionada a algún deporte o no hubiera tenido aquella figura.

—Myra, quiero hacerle una pregunta —dijo—. ¿Cómo se encontró usted tan oportunamente con la directora?

—Pues..., la vi entrar aquí y decidí no desaprovechar la ocasión. Simplemente, esperé a que saliera de su apartamento, ¿sabe? Ayer estuve a visitar al pobre Ricky y casi me volví loca al ver su estado. No sé lo que me harán ahora, ni me importa, pero al menos me he desahogado.

—No le harán nada —aseguró Bell—. A la directora no le conviene la publicidad. Por cierto, ¿qué coeficiente tiene usted?

—Uno coma noventa y dos. Nada del otro mundo.

—Tiene más que yo, bastante más —sonrió Bell—. ¿Le importaría que fuese a visitar a su prometido, Myra?

Ella pareció sorprenderse de la consulta.

—Pues..., no, no tengo ningún inconveniente... Se llama Ricky Anderson y, me imagino, que sabe usted dónde lo tienen.

—Sí, lo sé. ¿Puedo hacer algo por usted, Myra?

—Gracias, ya ha hecho bastante. Adiós, señor Bell.

La chica se marchó. Era muy diferente a Phyllis, pensó Bell al quedarse solo. En Myra había todavía la frescura y la espontaneidad de los veintipocos años. Phyllis, aparte de tener diez más, era mujer para la cual los sentimientos y las pasiones contaban muy poco, a menos que le permitieran satisfacer su insaciable sed de poder.

O, a los treinta y cuatro años mal contados, no habría llegado al puesto que ocupaba en la actualidad.

* * *

El hombre estaba sentado en un sillón, con la mirada vacua y la boca entreabierta. Un hilo de baba corría por su mentón y sus facciones aparecían no ya demacradas, sino con colgajos de piel que inspiraban verdadera repulsión. Había perdido la mayor parte de su pelo y ofrecía la sensación de haber sido mucho más grueso y perdido más de la mitad de su peso en pocos minutos.

De pronto, Bell notó el ácido olor de la orina. Miró al suelo. Entre los pies de Ricky Anderson se formaba un charquito de líquido de origen inconfundible.

Un par de enfermeros entraron entonces para atender al paciente. Bell abandonó la estancia, asqueado y enfurecido al mismo tiempo. ¿Era preciso reducir a semejante condición a un ser humano, sólo por la ventaja que ofrecía la transmisión de mensajes instantáneos?

Cuando salió fuera del hospital, al aire libre, con el sol resplandeciendo en las alturas y las hojas de los árboles susurrando al soplo de la brisa, creyó sentirse un hombre nuevo.

Lentamente, descendió la gran escalinata de acceso al hospital. ¿Se podía hacer algo para evitar que sucedieran cosas semejantes?

La razón de Estado, se dijo, era muy poderosa, difícil, si no imposible de vencer. Pero ¿por qué un telépata se convertía en una ruina humana?

De pronto, cuando abandonaba ya el último escalón, oyó una voz a su derecha:

—Impresionado, ¿eh, ingeniero?

Bell se volvió en el acto. Apoyado en el pedestal que sostenía una colosal estatua, había un hombre de edad, con abundante barba blanca, que parecía estar gozando de la benigna temperatura que reinaba en aquel lugar. En la mano derecha tenía un bastón, con el que sin duda se apoyaba al caminar.

—No le entiendo, señor —dijo fríamente.

—Ha visitado a Ricky Anderson —murmuró el viejo—. Empezamos a creer en usted.

—¿Cómo?

—El otro día salvó a uno de los nuestros de un grave compromiso. Pero ya nos pondremos en contacto con usted. Fíjese en aquella trotona que va y viene por la acera opuesta. ¿La ve bien, ingeniero?

Bell volvió la cabeza. A treinta metros escasos de distancia había una mujer de pelo estrepitosamente rubio, vestida de una forma ya muy anticuada, pero indudablemente atractiva: falda cortísima, abierta por el costado izquierdo hasta la cadera, y blusa roja de una hechura especial, que dejaba el pecho izquierdo al descubierto. En la mano llevaba un bolso que hacía oscilar al moverse con obscenas ondulaciones de caderas.

—Es una agente del todopoderoso CCI —añadió el viejo—. Fíjese, fíjese... ¡Disimule, por favor, que ella no se dé cuenta de que la estamos mirando!

Bell desvió la vista un poco. Aun así pudo divisar a un hombre que se acercaba a la buscona. Ella negó con la cabeza y continuó sus paseos.

—¿Estima usted lógico que una mujer que sale a la calle para ganarse la vida con su cuerpo, rechace a un cliente adinerado, como parecía el sujeto que estuvo hablando con ella?

—No, no parece lógico; pero ¿quién es usted?

El viejo carraspeó.

—Ya nos pondremos en contacto con usted, ingeniero.

Y se alejó, arrastrando los pies y el bastón en la mano derecha, para ayudar a unas piernas que ya habían perdido la mayor parte de su fortaleza.

De repente, Bell tuvo una idea.

Cruzó la calle y se acercó a la buscona.

—Me siento muy solo —dijo.

Ella le dirigió una sonrisa profesional.

—Soy especialista en proporcionar compañía a hombres que se sienten solos —contestó.

Bell se apoderó del carnoso brazo femenino.

—Entonces, vamos a ver si eres capaz de curar mi soledad. Me llamo Leo, pero no tengo nada que ver con ese signo del Zodiaco.

—Yo soy Cora —dijo ella con una risita—. Y el Zodiaco me importa un bledo.

—Creo que empezamos a ponernos de acuerdo, preciosa.

✲ ✲ ✲

Cora había ido al baño y Bell aprovechó la ocasión para abandonar la cama y correr hacia la silla en donde estaba el bolso de la supuesta prostituta. Lo abrió y encontró allí precisamente lo que esperaba.

Era un diminuto aparato transmisor, con grabadora. El conjunto no era mayor que un paquete de cigarrillos y Bell, experto en el asunto, a fin de cuentas, advirtió que la grabadora estaba en funcionamiento.

El carrete era muy pequeño, pero la increíble delgadez del hilo grabador, menos de una centésima de milímetro, permitía que el aparato funcionase durante horas enteras. Bell sacó el cartucho de cinta y lo puso en uno de los bolsillos de sus pantalones.

A continuación extrajo la pila del aparato, no más grande que la mitad de la uña de su meñique. La pila fue a reunirse con el carrete.

Momentos después, Cora salía del baño y vio a Bell ya vestido.

—Te marchas muy pronto —se quejó.

Bell sonrió.

—Son las dos de la madrugada. He estado casi nueve horas contigo —respondió—. ¿Te parece poco?

—Ojalá pudieras volver a empezar de nuevo —suspiró ella voluptuosamente.

—Hay tiempo por delante —dijo Bell.

Al quedarse sola, Cora fue a buscar su transmisor de radio. A los pocos minutos ya se había dado cuenta de lo sucedido.

«Pero ¿cómo habrá podido adivinarlo?», se preguntó muy preocupada.

De repente, oyó un leve zumbido.

Era el videófono. Dio el contacto y el rostro de la directora apareció en la pantalla.

—¿Cora?

—Sí, señora. Él ha estado aquí.

—¿Y... ?

—Señora, temo que alguien le haya advertido acerca de mi papel en este caso. Ha inutilizado mi transmisor y se ha llevado la cinta grabada.

En los ojos de Phyllis Wakeman brilló de pronto una chispa de cólera.

—¡Estúpida! ¿Cómo ha podido dejarse engañar tan tontamente? —apostrofó a la joven.

Cora se irritó también.

—Yo no puedo estar en todo, señora. Usted me ordenó que lo siguiera, en especial después de salir del hospital. Alguien debe de conocerme y se lo dijo, eso es todo.

—Está bien —dijo Phyllis algo más amansada—. ¿Ha podido sacarle algo interesante?

—No, señora, nada. Si sabe algo, no lo ha dado a entender.

—Cora, hay una conspiración en marcha y tenemos que descubrir a los componentes del grupo LM. Descubrirlos y destruirlos, o ellos nos destruirán a nosotros. ¿Ha entendido?

—Sí, señora. Haré todo lo que pueda...

—¿Le ha dicho el ingeniero si piensa volver a verla?

—No, aunque puedo intentarlo yo misma...

—Hágalo, Cora.

—Bien, señora. Ah, una cosa.

—¿Sí?

—Señora, puede que el ingeniero no sepa nada acerca del grupo LM..., pero no cabe la menor duda de que en otros aspectos es todo un maestro.

Phyllis soltó un bufido y cerró la comunicación, mientras Cora lanzaba una alegre carcajada. Sí, procuraría ver a Leo Bell..., y no precisamente solo para intentar arrancarle informaciones.

CAPÍTULO IV

Después de oír el timbre de llamada, Bell abrió la puerta y sonrió al ver a Myra parada ante el umbral. La chica, vestida con blusa y pantalones cortos, ofrecía un aspecto radiante.

—Entre, entre —invitó complacido.

Myra pasó al interior de la casa.

—¿Qué tal la buscona? —preguntó.

Bell arqueó las cejas.

—¿Quién es el viejo de la barba blanca? —preguntó a su vez.

—Se llama... Bueno, eso no importa ahora. Me ha enviado a consultarle algo que creemos puede resultar interesante.

—¿De veras? —Bell ofreció café a la visitante—. ¿De qué se trata?

—¿Ha oído hablar del grupo LM?

—Ni idea —contestó él.

—LM quiere decir «Libertad Mental», señor Bell.

—Oh, ya, libertad mental... Pero yo tengo toda la que quiero.

—¿Pueden decir lo mismo esos infelices esclavos amarrados a su pupitre en una estación espacial de TMI o, para que lo entienda mejor, Transmisión Mental Instantánea?

—Bueno, aunque sé que la cosa no es agradable y que, en más de un caso produce resultados funestos, me imagino que no se pasarán las veinticuatro horas del día recibiendo y transmitiendo mensajes. Tendrán relevos, períodos de descanso...

—El horario de trabajo es de seis horas... Pero ¿se imagina usted la fatiga mental que produce esa clase de tarea? Terminan agotados, exhaustos, empapados en sudor... Tienen todo un batallón de médicos para cuidar de ellos, atenderlos, procurar que estén constantemente en forma... Pero, en realidad, esos médicos son iguales que los cómitres de las galeras de remos. Hay que bogar, hay que bogar..., y los látigos volaban sobre las espaldas de los infelices galeotes... Aquí pasa algo parecido... Hay que pensar, hay que pensar... Emitan mensajes, recíbanlos, transmítanlos... No, en absoluto; es una vida inhumana y nosotros estamos dispuestos a terminar en absoluto con ese infernal tráfico de esclavos de la mente que son los telépatas de las estaciones TMI.

Bell se sintió perplejo al observar el singular acaloramiento con que Myra exponía sus ideas al respecto. Hasta entonces, era verdad, no se había preocupado gran cosa de los telépatas que trabajaban en las TMI. Pero ahora, y sobre todo después de la detención de su amigo Kadd, el asunto cobraba una nueva dimensión para él.

—Si acaban con las TMI, el imperio puede quedar colapsado — advirtió —. Su fuerza se basa precisamente en esas estaciones..., y no me parece que la forma de combatir esa indignidad sea colocando bombas en los puestos

repartidos por la galaxia.

—No queremos hacer eso, a menos que nos obliguen. Lo que queremos es muy sencillo: primero, reducir la intensidad de las emisiones telepáticas, y segundo, que cada operario no pueda permanecer más de una hora en su puesto y sólo una vez por semana. ¿Lo entiende ahora?

Bell lanzó un silbido.

—Eso representa ciento sesenta y ocho operarios por cada estación, sin contar algunos más para suplencias en los imprevistos.

—Exactamente. Ahora no hay más que cuatro, y si alguno enferma, los demás tienen que cubrir su turno. Oh, sí, los atractivos del empleo deslumbran a muchos: un sueldo elevadísimo, retiro a los tres años de servicio, aunque no se tengan más de veinte de edad, lo que significa vivir sin trabajar el resto de sus días, médicos y hospitales gratis para toda la vida..., pero son poquísimos los que llegan a conseguir esas ventajas. El Gobierno no juega limpio, ingeniero; no menos de un setenta por ciento acaban como mi prometido. El veinte por ciento restante necesitan de períodos de curación y normalización física y mental que no bajan de diez años, y sólo un escaso diez por ciento necesitan pasar un año nada más en el hospital, para volver a ser lo que eran antes. En cambio, con nuestro plan, con seis meses de servicio, lo que significaría en total unas cuarenta y dos horas de transmisión, los operadores no sufrirían daños mentales y podrían volver a la Tierra o establecerse en el planeta que desearan, con absoluta normalidad. Ello, además, permitiría al Gobierno suprimir los incentivos de retiro, asistencia médica y los restantes. Un buen sueldo, una gratificación al terminar los seis meses de servicio y eso sería todo.

—Bueno, es un plan magnífico —convino Bell—. Pero ¿por qué no se lo proponen al Gobierno para que lo acepte?

Myra sonrió.

—¿Cree que no lo hemos intentado? Pero nos han dado la callada por respuesta. Simplemente, no quieren aceptar nuestro plan.

—¿Por qué? Alguna razón habrá, calculo.

—El Gobierno guarda absoluto secreto sobre todo lo que se refiere a las TMI. Si se divulgase, quedaría absolutamente desprestigiado...

—Y tendría que dimitir y otros ocuparían los asientos ministeriales. Divúlguenlo, denlo a la publicidad...

—Hay una ley, aprobada por el Parlamento, en sesión a puerta cerrada, que prohíbe la divulgación de toda noticia relacionada con las TMI, y el quebrantamiento de dicha ley supondría para los infractores una condena de veinte a treinta años. ¿Quién se arriesga a pasar veinte años en la Fortaleza Negra de Plutón? ¿Ha oído hablar usted de esa penitenciaría?

Bell asintió. Sí, había oído hablar del penal que el vulgo denominaba Fortaleza Negra, a siete mil millones de kilómetros de la Tierra, en un mundo perennemente helado y desde el cual se veía el Sol no más grande de lo que se ve Júpiter desde la Tierra. Allí se encerraba a los peores criminales y eran

muy pocos los que sobrevivían para considerar cumplida su condena.

—Entonces, el Gobierno tiene todos los triunfos en la mano y no podemos hacer nada por evitarlo —dijo.

—Quizá haya un medio, ingeniero —aventuró la muchacha—. Pero por ahora no puedo decirle nada más; solamente he venido a conversar con usted, tras saber que estuvo visitando a mi prometido.

—Bueno; me gustaría ayudar, pero, francamente, no veo cómo...

Myra se puso en pie.

—Estaremos en contacto con usted —aseguró—. Y, créame, hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Tenemos informes de que el Gobierno está preparando algo nuevo sobre las TMI. No sabernos qué es todavía, pero nos imaginamos sin dificultad que resultará aún más horrible para los operadores de las estaciones espaciales.

Y antes de que el asombrado ingeniero pudiera decir una sola palabra, Myra atravesó la sala y abrió la puerta. Instantes después, había desaparecido de su vista.



Durante los tres días que siguieron, acudió a su trabajo con regularidad. La dama casquivana, que nunca sabía la hora exacta a la que regresaría su esposo, le llamó insistentemente, pero Bell decidió dar por cortadas todas las relaciones con ella.

Al cuarto día se presentó en la sede del CCI y solicitó ver a Erwin Kadd. Un amable conserje le atendió con toda cortesía y le entregó una tarjeta que debía ser llenada con los datos personales del visitante. Bell la llevó a una máquina dictográfica, desenganchó el micrófono y expresó verbalmente los datos solicitados en el impreso. La máquina escribió todo sin necesidad de tocar una tecla siquiera.

Al terminar, llevó la tarjeta al mismo conserje, quien la introdujo en una de las ranuras señaladas con el indicativo de VISITAS. Mientras llegaba la respuesta a su solicitud, Bell se entretuvo contemplando el incesante movimiento de aquel centro, en realidad una especie de superministerio, en el que la gente entraba y salía constantemente.

Su conserje no era el único por otra parte; una docena, al menos, atendían toda clase de consultas. En la entrada había dos guardias uniformados con aquella vestimenta que Bell conocía tan bien. Los ascensores subían y bajaban sin parar, repletos de personas.

De repente, oyó un leve campanilleo. Bell se volvió. El conserje le entregó la tarjeta.

—Aquí tiene la respuesta a su solicitud, señor.

—Muchas gracias.

Bell leyó:

> *«Petición denegada por no tener parentesco con el interno. Visitas solamente permitidas a familiares en primer grado.»*

Eso era todo, lacónicamente significativo. Bell empezó a pensar que estaban todos atrapados en una red de malla tupidísima, manejada por unos cuantos desaprensivos, que dictaban leyes a su antojo y las hacían ejecutar por una fuerza policial diestra y disciplinada.

De todas aquellas personas que circulaban por el gigantesco vestíbulo, ¿cuántas conocían la verdad que se ocultaba tras la resplandeciente fachada de aquel edificio?

Lentamente, rompió la tarjeta en varios trozos y los dejó sobre el mostrador. El conserje le dirigió una mirada de simpatía.

—Siento que no haya podido conseguir sus deseos, señor — manifestó.

—Gracias —se despidió Bell.

Quizá, pensó amargamente, podía insistir cerca de Phyllis, pero aquella orgullosa y todavía más ambiciosa mujer, no le haría un favor sólo por recordar viejos tiempos pasados, sobre todo si se tenía en cuenta que ella misma podía resultar perjudicada.

Se encogió de hombros. Tal vez se estaba complicando la vida... Pero, de repente, se acordó de la expresión de su amigo cuando le pedía una ayuda que él no le pudo prestar. Kadd sentía un vivísimo terror y se lo había transmitido a él de tal forma, que más de una noche se despertaba bruscamente, tras una pesadilla en la que su amigo se le aparecía clamando socorro con la agonía de la desesperación.

De pronto, enderezó los hombros y sacó el pecho,

«Sí, algo podré hacer..., aunque lo bueno es que sé por dónde empezar», se dijo.

Para empezar, entró en una cabina pública. El Gobierno actual, al menos, era muy considerado en otros aspectos: los videófonos públicos eran gratuitos, lo mismo que los transportes y gran parte de los servicios públicos. Sí, había una libertad absoluta... salvo para lo que al Gobierno no le convenía.

El atractivo rostro de Cora apareció a los pocos instantes en la pantalla.

—¡Leo! —exclamó la joven—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—Yo también digo lo mismo —sonrió Bell—. Oye, preciosa, ¿estás libre?

—Absolutamente —contestó ella sin pensárselo dos veces.

—Conozco un sitio estupendo para cenar: el Siglo XX. Los camareros van con trajes de la época, hay una orquesta auténtica con violines y todo, y el asado es algo que se te hace la boca agua nada más verlo. ¿A qué hora quieres que pase por tu casa?

—A las seis y media en punto, Leo.

—De acuerdo.

* * *

La cena resultó exquisita. El asado, auténtico, estaba en su punto y el vino era legítimo, no sintetizado. El ambiente del restaurante era sumamente acogedor. A Cora le recordó películas contempladas en la televisión. Las luces de las velas, los armoniosos sonidos de la orquesta...

Para Bell, en cambio, no resultó tan agradable, aunque no lo demostró. El festín le costó un mes de sueldo, aunque no lo dejó traslucir, porque, sobre todo, ya lo sabía y además, había ido dispuesto al gasto desde el primer momento. Cuando abandonaron el restaurante, Cora se apoyó con languidez en el hombro del joven.

—Ahora sólo falta una cosa, para redondear la noche —suspiró—. Un coche, con el auriga, y un caballo que nos diera un paseo por una avenida poblada de tilos...

—Eso ya es pedir demasiado —sonrió Bell—. Los pocos caballos que quedan están en los parques zoológicos o en algunas reservas privilegiadas. Si quieres que te diga la verdad, yo sólo he visto un caballo vivo una vez en mi vida. Pero, claro, eso no me preocupa en absoluto teniéndote a mi lado.

Su brazo pasó en torno a la cintura de Cora y ella agradeció el elogio con una húmeda mirada, que encerraba un mundo de promesas.

CAPÍTULO V

Cora salió del baño, con el cuerpo opulento envuelto en una bata corta y el pelo largo. Sonriendo, se inclinó sobre el hombre que aún yacía sobre el lecho y le besó en los labios.

Bell sonrió.

—Creí que todavía estarías enfadada conmigo —dijo.

—¿Por qué? —Cora se sentó en el borde de la cama—. Me supo mal en un principio, pero luego, considerando cómo se habían producido las cosas, decidí que no tenía tanta importancia.

—Cuéntame, cómo se produjeron —rogó él.

—Bueno, la verdad es que soy lo que aparento, ¿para qué engañarnos? —declaró la joven francamente—. De pronto, hace unos días, me paró un sujeto y lo traje a casa. El tipo me sacó de repente una tarjeta y me dejó helada. Era nada menos que el vice comisario de la División contra el Vicio. Oye, aquí hay miles y miles de chicas que hacen lo mismo que yo, pero a ninguna nos detienen jamás, a menos que armemos algún escándalo o propiciemos la consumición de drogas, cosa que, te juro, he detestado siempre. Bueno, yo me imagino que el tipo debe de estar en un departamento, donde le facilitan identidades como a mí mi máquina dispensadora me facilita tazas de café, ¿comprendes?

Bell asintió, sonriendo.

—Continúa, por favor.

—Según la tarjeta, el tipo se llamaba Otto Schinke. No quiso tocarme siquiera; sólo dijo que había venido conmigo a casa para encomendarme un asunto de importancia. Me enseñó tu fotografía y dijo que era preciso que consiguiera una entrevista contigo a solas.

—¿No podías negarte?

Cora rió irónicamente.

—¿Negarme? Podía haberme enviado por dos años a una fábrica de alimentos... Todo el día apaleando montones de carne artificial... Te juro que no es una perspectiva que me agrade, ¿comprendes? De modo que no tuve otro remedio que decirle que sí, y entonces, al día siguiente, me señaló el lugar donde debía apostarme y aguardarte. Y eso es todo, dejando de lado el hecho de que inutilizases el transmisor que me entregó el propio Schinke.

—¿Han vuelto a molestarte más?

—No, y eso que se lo dije a la directora en persona. Schinke ya me advirtió que era un asunto de altos vuelos y que sólo me llamarían él o la directora. Pero ella se enfureció cuando le dije que tú eras todo un hombre. ¿Por qué le importó esto más que la pérdida del transmisor?

—Hace diez años, Phyllis Wakeman y yo teníamos sueños rosados.

—Y no se cumplieron.

—Ella consideró que era poco un ingeniero para su futuro. Y acertó,

porque ahora está donde está y yo sigo siendo ingeniero.

Cora se inclinó para besarle.

—No lo lamentes, no habrías sido feliz con esa mujer —aseguró.

Bell se levantó de pronto.

—Voy al baño —anunció.

—Cuando salgas, tendrás preparado un café con gotas —prometió ella.

Bell estuvo solamente unos minutos. Al terminar, cuando abría la puerta del baño, creyó oír el ruido de un cuerpo que caía al suelo.

Saltó hacia delante. El corazón se le paró al ver a Cora tendida en medio de la sala, con una mancha de sangre entre los senos.

En el mismo momento, oyó un leve sonido. Alzó la vista y vio a un hombre en la ventana de la sala, por el otro lado.

Impulsivamente, corrió hacia el que suponía era el asesino de Cora. Ahora ya sabía cómo había entrado el sujeto en la casa: por la cornisa que contorneaba la fachada del edificio y procedente sin duda del departamento contiguo.

Pero aún podía hacer algo por alcanzarle. Corrió hacia la ventana y estiró el brazo. La punta de sus dedos rozó la manga derecha del sujeto, quien hizo un movimiento instintivo para desasirse.

Pero aquel gesto resultó demasiado brusco y la cornisa no tenía más de un palmo de anchura. El asesino perdió el equilibrio.

Su boca se abrió horriblemente, para lanzar una desesperada petición de ayuda. Bell sacó medio cuerpo, pero ya no podía hacer nada.

El asesino se inclinó hacia atrás con espantosa lentitud. Abrió los brazos, manoteando fútilmente, como si quisiera convertirlos en unas alas que refrenaran su caída. Luego, dejando como estela un horripilante alarido, se precipitó hacia la calle, situada a treinta y tantos pisos más abajo.

Bell bajó con brusquedad el bastidor de la ventana. Por el asesino ya no se podía hacer nada. En cambio, por Cora...

Arrodillado a su lado, contempló el desnudo pecho de la mujer, que poco antes había palpitado tan ardientemente por él. Casi se echó a llorar.

El asesino había sabido emplear bien su puñal. Un método rápido, silencioso y eficaz, que no haría disparar la alarma, como hubiera sucedido de emplear una pistola disgregadora. Su mala suerte había consistido en no actuar medio minuto antes.

De repente, se sintió invadido por una terrible sensación de cólera. Levantóse y fue en busca del videófono.

Un impersonal rostro apareció en la pantalla a los pocos segundos.

—Comunicación con la directora Wakeman —exigió más que pidió.

—Deme su nombre y demás datos y lo pasaré a la computadora...

—La computadora, ¡un cuerno! —bramó el joven—. Dígale que soy Leo Bell y que quiero hablar con ella inmediatamente. Y le aconsejo que lo haga ahora mismo, si no quiere acabar apaleando proteínas en una fábrica de comida.

Las palabras de Bell impresionaron profundamente al operador, quien empezó a manejar los controles con gran actividad. Un minuto más tarde, el hermoso y despiadado rostro de Phyllis aparecía en la pantalla.

—Querías hablarme, tengo entendido —dijo con glacial acento—. Supongo que será algo muy urgente, ¿verdad?

Bell agarró el videófono y lo situó de modo que su objetivo captase la imagen de Cora muerta.

—Mira, mira bien la obra de tus esbirros... —dijo furiosamente—. Contempla a esa mujer y ahora pregúntate si has ordenado que la maten por no cumplir acertadamente tus órdenes o por celos. ¿Qué me dices, Phyllis Wakeman?

La directora se estremeció. Antes de que pudiera decir nada, Bell, todavía muy excitado, continuó:

—Estuve a punto de capturar al asesino, pero se me escabulló y calló a la calle. Hay treinta y seis pisos, ¿sabes?

—Leo, ¿por qué me cuentas a mí eso? —exclamó Phyllis despectivamente—. ¿Quién me asegura que no eres tú el asesino?

—Ahora va a intervenir la policía ordinaria. Encontrarán el puñal entre la ropa del muerto. Yo contaré lo que ha pasado… , y tú no intervendrás, para que se descubra el pastel, ¿verdad?

—Puedes estar tranquilo al respecto —aseguró Phyllis—. Nadie te molestará más de lo estrictamente necesario. Mantente al margen, Leo, o de lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué? —preguntó él desafiantemente.

—Tendría que considerar esta conversación como una declaración de guerra. Y, créeme, te aplastaría como el pie de un viandante aplasta a la hormiga que se cruza en su camino.

La imagen de Phyllis desapareció bruscamente de la pantalla. Bell cortó el contacto y dejó el videófono en su sitio.

Miró a Cora con inmensa tristeza. Podía haber sido..., lo que fuese, pero con él se había portado con cariño y alegría insuperables. La razón de Estado, se dijo, no podía justificar jamás un crimen tan repugnante. De pronto, llamaron a la puerta: —¡Abran, por favor, es la policía!

Bell se estremeció ligeramente. Luego, con paso mesurado, cruzó la estancia y abrió.

* * *

Acababa de llegar a su casa cuando llamaron a la puerta. Bell se quitó la chaqueta corta, oscura, y abrió. En el umbral, Myra te contempló con notorio asombro.

—¿Por qué esas prendas tan fúnebres? —preguntó—. Traje oscuro,

corbata negra...

Bell se aflojó el nudo de la corbata.

—He estado en el incinerador —dijo.

—Oh... ¿Algún familiar?

—No, era una buena amiga. Murió, ayer, asesinada.

—Dios mío —se espantó Myra—. ¿Qué sucedió, ingeniero?

Bell tiró la corbata sobre el diván y se encaminó a la dispensadora.

—¿Café? ¿O prefiere otra bebida? —invitó.

—Café, gracias.

Bell llenó un vaso y se lo entregó a la muchacha. Para sí se preparó una buena dosis de un excelente brandy, que conservaba en casa para festejar los grandes acontecimientos y cuya botella le había costado el equivalente de una semana de su sueldo.

Levantó el vaso.

—¡Por ti, Cora! ¡Porque ahora puedas pasearte por las eternas praderas, sin necesidad de atender moscones ni recibir intimidaciones de tipos como Otto Schinke!

Myra se sintió estupefacta al oír aquel brindis, aparentemente lleno de incongruencia.

—Ingeniero, ¿quién era esa tal Cora? —preguntó.

—Una prostituta.

Myra respingó.

—¡Por favor!

—La obligaron a espiarme. No debió de hacerlo muy bien y premiaron sus servicios con una puñalada en el corazón. Yo me he hecho cargo de todos los gastos de entierro; lo consideré como un deber moral y...

Bell, se volvió hacia la muchacha con ojos llameantes.

—No estaba enamorado ni mucho menos de esa mujer, pero me dio su afecto y fue alegre y graciosa conmigo —continuó—. Y usted tiene a su prometido reducido al estado de un tronco viviente, ¿no es cierto?

Myra asintió, muy impresionada por aquellas palabras.

—Es verdad, ingeniero —admitió.

—Entonces, si quiere que colabore con ustedes, porque eso es lo que están buscando, tiene que hacerme un favor antes que dé un solo paso.

—¿De qué se trata?

—A Cora la obligó a espiarme un tipo llamado, no sé si auténtica o falsamente, Otto Schinke. Averigüen quién es y denme su dirección. Yo me encargaré del resto.

—Leo, si lo que está planeando es un asesinato por venganza, no cuente conmigo —dijo Myra rotundamente—. Aunque formase parte del grupo LM, tampoco se lo diría...

—Es que entonces no tendría sentido pedírselo. Pero no tema, no pienso matarle. La muerte de Schinke no resucitaría a Cora y, por otra parte, el autor material de la muerte se hizo tortilla contra el suelo.

Myra dirigió una sonrisa comprensiva a Bell y lo empujó suavemente hacia el diván.

—Cuénteme todo, por favor —rogó.

Bell habló durante unos minutos. Al terminar, se sintió mucho más aliviado.

—La muerte de Cora, opino, fue una especie de castigo por no haber actuado como ellos querían —dijo la muchacha—. Sabían, además, que usted había inutilizado el transmisor y que estaba con ella. Quizá temieron posibles indiscreciones por su parte y eso les condujo a ordenar su eliminación.

—No cabe la menor duda —concordó él—. Pero tengo que decirle cuatro cosas a Schinke...

—Encontraremos a ese tipo —afirmó Myra—. Y usted, después, solicitará seis meses de excedencia en su trabajo. Bell saltó en el asiento.

—¿Por qué?

—Para que se una a nosotros y no tenga que depender de un horario fijo. Además, y para su tranquilidad, le hago saber que costearemos todos sus gastos, incluyendo el viaje a la estación de TMI, Alpha-Gehn-4. Conmigo, naturalmente.

—¿Por qué? —quiso saber él, con la boca abierta.

Myra se puso en pie.

—Para que conozca *de visu* las condiciones en que trabajan los operadores de TMI —contestó—. Y para que nos preste su ayuda, como ingeniero que es. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, pero me falta saber una cosa, Myra.

—Pregunte —invitó ella.

—Sabe de sobra que la directora Wakeman me ha declarado la guerra. Supongamos que la ganamos. ¿Qué pasará después?

Myra emitió una ligera sonrisa.

—¿No es capaz de imaginárselo?

—Pues...

—Leo —y por primera vez ella le llamó por su nombre—, nosotros no pretendemos ser un grupo de hombres absolutamente justos, bueno, hombres y mujeres, claro está, porque tampoco todo el Gobierno es un foco de inmoralidad; pero, aun con nuestros defectos, luchamos por una causa que creemos justa. —Los ojos de Myra se iluminaron—. Hay al menos tres centenares de estaciones TMI, lo que significa mil doscientas personas de ambos sexos que están esclavizados y sometidos a un género de vida inhumano, todo ello, como se decía antiguamente y en latín, *ad majorem gloriam Imperii.*

—Para la mayor gloria del Imperio —tradujo el ingeniero.

—Y no debe haber ni un solo esclavo que se sacrifique por esa gloria —concluyó Myra, a la vez que abría la puerta.

—¡No se olvide de localizarme a Schinke! —gritó él—Tengo una cuenta pendiente y se la quiero cobrar.

—Descuide, saldará esa cuenta —aseguró ella con encantadora sonrisa, un instante antes de desaparecer de la vista de Bell.

CAPÍTULO VI

Una semana más tarde, Myra le llamó por videófono.

—Schinke no se llama así —informó—. Su verdadero nombre es Jake Sholtone y su cargo es el de jefe de Seguridad del CCI. Reside en el número doce mil trescientos once de la Avenida Cincuenta y Seis, prácticamente en las afueras de la ciudad. Pero tengo entendido que la residencia está muy bien vigilada...

—Deje el resto de mi cuenta —contestó Bell—. Oiga, ¿cuándo salimos de viaje?

—Antes recibirá la visita de una buena amiga. Se llama Dellie Land. Ella le dará más detalles. Adiós.

La imagen de Myra se esfumó de la pantalla. Inmediatamente, Bell empezó a trazar su plan de ataque.

Lo primero que hizo fue evacuar una consulta a la central general de Información. Así supo que dos días más tarde soplarían vientos moderados del Sudoeste.

A continuación preparó dos grandes cilindros metálicos, de metro y medio de largo por unos treinta centímetros de ancho. Sus conocimientos de química le permitieron trabajar sin ayuda ajena, cosa que podía haberle comprometido. Y cuarenta y ocho horas más tarde voló en su aeromóvil hacia la residencia del coronel Sholtone.

Cuando llegó, habían pasado ya holgadamente las doce de la noche. Myra, se dijo, había tenido razón; entre la residencia de Sholtone y la más próxima no había menos de trescientos metros de distancia.

La casa estaba rodeada por una tapia no muy grande, pero que supuso dotada de una perfeccionada alarma. Una vez divisó un par de sombras por el jardín y estimó que debían de ser los guardias personales del jefe de Seguridad.

Las predicciones meteorológicas habían resultado acertadas. La brisa soplaba del Sudoeste y tenía una velocidad media de diez a quince kilómetros por hora.

En el lugar donde se hallaba, a unos cien metros del recinto, había una oscuridad absoluta. Bell sacó los dos cilindros, uno a uno, depositándolos en el suelo, distanciados entre sí por unos treinta metros. Cada uno de los cilindros disponía de una válvula, que abrió inmediatamente.

Una leve humareda, que se disipó casi en el acto, empezó a salir por las válvulas abiertas. El viento arrastró inexorablemente el gas hacia la casa de Sholtone. En prevención de una racha inesperada, que le arrojara gas al rostro, Bell, apenas abiertas las válvulas, se había retirado a casi cien pasos de distancia.

Calculó el tiempo en su reloj de pulsera. Quince minutos más tarde sacó del aeromóvil lo que parecía una caja de herramientas y avanzó hacia la tapia.

El viento había arrastrado por completo todo rastro de gas y limpiado la atmósfera en aquel punto. Bell abrió la caja y extrajo de su interior un detector que paseó por encima del borde de la tapia.

El detector le indicó la clase de alarma instalada. Un par de minutos más tarde, quedaba inutilizada.

Entonces pudo pasar al otro lado de la tapia, llevando como única arma una pistola de inyecciones. Avanzó a lo largo del jardín, encontrándose con un enorme perro tendido en el suelo. Un poco más adelante, divisó dos hombres que dormían apaciblemente.

Bell sonrió para sí. El gas había obrado tal como esperaba. En cuanto a los afectados, dormirían al menos una hora.

Entró en la casa. Sentado en un butacón, otro guardia estaba sumido en un plácido sueño. Bell siguió andando y, al fin, penetró en el dormitorio de Sholtone.

El fingido Otto Schinke yacía sobre su cama, asimismo dormido. Era, un hombre muy alto y fornido, de cráneo completamente pelado, aunque, pensó Bell, cuando se disfrazaba, usaría alguna peluca, lo mismo que había empleado otro nombre. Pero esto no le preocupaba en absoluto en aquellos momentos.

Remangó el brazo izquierdo de Sholtone y aplicó a la piel la boca de la pistola de inyecciones. La operación duró un segundo escaso. Luego, accionó el control de la pistola y se separó unos pasos de la cama.



Sholtone abrió los ojos un par de minutos más tarde y tardó todavía un poco en darse cuenta de la presencia de un extraño en su dormitorio. Entonces, recobró de pronto la consciencia y se sentó en la cama.

—¿Quién es usted? —exclamó.

Bell sonrió.

—¿No me conoce, coronel?

—Bell —murmuró Sholtone—. Pero ¿cómo diablos ha conseguido entrar aquí?

—He sobornado a sus guardias.

—¡Imposible! —rugió Sholtone—. Son hombres de lealtad a toda prueba. Además, hay dos perros...

—Lo sabía, pero ellos se encargaron de narcotizarlos y de inutilizar las alarmas. Coronel, ¿se imagina por qué estoy aquí?

—Usted me lo va a decir, sin duda.

—Sí, se lo voy a decir. Usted y yo vamos a celebrar una velada necrológica muy especial, en honor de una mujer llamada Cora Ward.

Sholtone hizo un leve gesto de asentimiento.

—Conque era eso —murmuró—. Y ¿qué hemos de hacer? ¿Rezar unos cuantos salmos?

—No se burle usted, coronel. Ella era una ramera, de acuerdo, pero

también un ser humano que quería vivir. Yo he venido a premiarle por tan buena acción.

—¿Va a matarme? —se alarmó Sholtone.

—Oh, no, eso acabaría la cuestión demasiado pronto. Voy a hacer algo mucho mejor, algo que le hará pensar que usted no es ya un superhombre, sino una basura con figura humana. Y cuando haya terminado, lamentará mientras viva haber ordenado la eliminación de Cora.

Sholtone se puso en pie de un salto. En el mismo instante, Bell disparó su puño con todas sus fuerzas contra la nariz del sujeto.

Se oyó un feroz aullido. Sholtone se llevó ambas manos al lugar afectado, pero entonces Bell le arreó una patada en la entrepierna que le hizo doblarse sobre sí mismo, cambiando de situación las manos.

La nariz quedó nuevamente al descubierto. Bell volvió a castigarla con dos tremendos golpes que habrían derrotado irremisiblemente a un hombre menos robusto que Sholtone. Pero el coronel aguantó el castigo y hasta intentó contraatacar.

Sin embargo, estaba ya en desventaja. Bell continuó el castigo, con las palmas de las manos abiertas, estrellándolas violentísimamente contra las dos mejillas de su adversario. Un nuevo golpe a la nariz acabó por obligar a Sholtone a ponerse de rodillas, medio *groggy.*

Bell vio una silla y la destrozó, estrellándola contra la pared. Con una de las patas a modo de garrote, empezó a sacudir las costillas de Sholtone.

El sujeto ya no tenía fuerzas para defenderse. Al fin Bell, jadeante y sofocado, suspendió el vapuleo. Sholtone no era más que un montón de carne dolorida, de la que se escapaban algunos gemidos entrecortados.

Bell eliminó momentáneamente los dolores de Sholtone, mediante una segunda aplicación de la pistola de inyecciones, ahora cargada con un anestésico. Sholtone se quedó dormido a los pocos segundos.

Al terminar, consultó el reloj. Aún disponía de cuarenta minutos.

Treinta más tarde, dio por terminada su tarea. La casa había quedado completamente devastada en su interior. Poseído de una especie de furia vengadora, Bell destrozó absolutamente todo el mobiliario, arrancó cables por todas partes, rompió cuadros y cristalería, y convirtió en astillas sillas y sillones. La destrucción incluyó también un poderoso transmisor de radio con el que, seguramente, Sholtone se ponía en contacto con todos sus agentes, así como los distintos televisores y mecanismos de seguridad que había en la casa, sin olvidar el videófono normal. Y para finalizar, abrió todos los grifos del agua y, cuando ya salía, hizo estallar los fusibles.

Su última operación fue colocar algunos billetes de Banco en los bolsillos de los guardias todavía dormidos. Saltó la tapia, recogió la caja de herramientas y volvió al aeromóvil, en el que puso también los vacíos cilindros de gas, que arrojó más tarde en un descampado, a gran distancia.

Cuando llegó a su casa, llenó una copa y la levantó.

—Si me has visto, espero que te hayas divertido un poco, Cora —

exclamó.

* * *

—He visto el noticiario de la televisión —dijo Myrna dos días más tarde.

—¿Ah, sí? ¿Resultó interesante?

—Mucho. La casa de un alto funcionario del Gobierno fue asaltada por una banda de rufianes, sin duda tipos descontentos con su política, que causaron todo género de destrozos, además de propinarle una gran paliza, que ha obligado a su hospitalización. Los guardias han sido procesados, ya que se han encontrado pruebas de haber admitido soborno. He visto algunas fotografías de la devastación y... Oiga, eso lo tuvo que hacer un montón de gente, ¿verdad? Porque no irá a decirme que uno solo... —Myra se echó a reír—. ¿Se encarnó en usted el espíritu de Atila?

—Es muy posible, Myra —rió él también—. Pero, se lo aseguro, fue un completo desahogo.

—Sholtone no podrá decir lo mismo. Tiene para dos o tres semanas en el hospital, por lo menos.

—Ojalá pudiera decir Cora lo mismo. En medio de todo ha salido bien librado, pero más que el daño físico, le hará padecer la humillación recibida.

—Eso es lo malo, Leo. Sholtone no se lo perdonará jamás, De haberlo sabido, no le habría indicado su residencia.

—Entonces, no podría contar conmigo. Myra, trate de comprenderlo. Tenía que hacerlo.

—Si —convino ella con un suspiro—, pero yo podía haberle dicho que no lo sabía..., y decírselo a la vuelta. Puede que esto nos complique las cosas, Leo.

—Lamentable, pero no rectifico. Lo hice y muy a gusto.

—Está bien, dejémoslo. Hoy mismo irá a verle Dellie Land, acompañada de un amigo, Pop Corrigan. Haga lo que ellos le indiquen, Leo.

—Ahora si que estoy a su disposición. Pero me asalta una duda, Myra.

—¿De qué se trata?

—Mi videófono... ¿No estará intervenido?

—No. Rotundamente, no, Leo.

—¿Cómo está tan segura, Myra?

—La Secretaria de Comunicaciones terrestres es absolutamente independiente del CCI. Da la casualidad de que el Director, Orville Haggelstrom, es uno de los pocos miembros honestos del Gobierno y jamás ha accedido a una petición que incluyese el espionaje de las conversaciones videofónicas. Y no pueden «dimitirlo», porque se produciría un escándalo político de consecuencias incalculables, que podría provocar incluso la caída del Gobierno. Ellos lo saben y prefieren actuar con esa pequeña desventaja,

antes que perder todas las conseguidas hasta la fecha. Quizá, cuando sean fuertes, lo intenten; pero no les daremos ocasión a que lo consigan.

—Oiga, está usted muy enterada de la política —dijo Bell admirado.

—Un poco —admitió ella modestamente.

—Bastante, bastante... En cambio, yo... Claro es que, hasta el momento, no me había ocupado de otra cosa que de mi trabajo...

—Y de conquistar mujeres bonitas.

—A las mujeres bonitas les gusta que las conquisten, por más que aparenten lo contrario.

—Lo dice por experiencia, ¿verdad?

—Un poco —repitió él irónicamente.

—Sí, ya se ve. Bueno, haga lo que le digan Dellie y Pop. Ya nos veremos, Leo.

La cara de la chica desapareció de la pantalla. Bell empezó a preguntarse quiénes podían ser aquella pareja, a la que no conocía en absoluto y de la que no tenía otras referencias que las indicadas por Myra.

Pero, a media tarde, empezó a salir de dudas.



Dellie Land era una mujer joven, de unos treinta y dos años, estatura mediana y cuerpo más bien exuberante. No tenía un rostro bonito, pero su sonrisa franca y abierta poseía un atractivo que la hacía ser simpática apenas conocida.

Pop Corrigan contaba tres o cuatro años más y era alto y fornido. Usaba bigote y barbita en punta y unas anticuadas gafas circulares, con montura de concha. El pelo era completamente negro y tenía el rostro tostado, sin duda por unas vacaciones en un lugar soleado o quizá por la misma naturaleza de su trabajo, que debía de realizarse al aire libre.

—Myra me ha hablado de ustedes —dijo Bell, tras los primeros saludos —. Estoy a su disposición...

—Muy bien, vamos al dormitorio. Pop, empieza tu trabajo, mientras yo me ocupo de Leo.

—Está bien —respondió Corrigan.

Mudo de asombro, Bell se dejó conducir a su dormitorio. Dellie había traído consigo un maletín y lo dejó sobre una consola.

—Desnúdate, Leo.

Bell respingó.

—Pero, Dellie...

—Vamos, vamos, ¿crees que a estas alturas me asusto de ver a un hombre desnudo? Estuve casada una vez y sé cómo es un hombre..., por dentro y por fuera.

Bell la miró críticamente. Dellie se había inclinado un poco sobre el maletín abierto y sus pesados senos gravitaban sobre la blusa con mórbidas redondeces.

—Dellie, no sé si podré...

Ella volvió la cabeza un poco y le miró maliciosamente.

—Bueno —dijo.

Se irguió de nuevo y empezó a desabrocharse la blusa. Un cuarto de hora más tarde, suspiró profundamente, se desperezó, saltó de la cama y empezó a vestirse de nuevo.

—Ahora podré trabajar sin obstáculos —dijo riendo.

Treinta minutos más tarde, el cuerpo de Bell había tomado un color tostado muy agradable. Su pelo era ahora negro y estaba cortado de una forma inconfundible. Dellie añadió un bigote y una barbita y, terminada la tarea, indicó al ingeniero que ya podía vestirse.

Bell se contempló al espejo. La transformación sufrida, con las gafas, era radical. Y entonces comprendió los propósitos de Myra.

—Parezco otro —murmuró.

—Pareces el que tienes que parecer —dijo Dellie y ahora...

De pronto llamaron a la puerta. Bell se alarmó.

—Si salgo a abrir...

Dellie sonrió de una manera extraña.

—No te preocupes —dijo—. Calla y aguarda.

CAPÍTULO VII

En la puerta se oyó una voz de inconfundible tono oficial:

—¿Ingeniero Leonard Bell?

—Sí, yo soy —contestó alguien, ante el asombro del auténtico dueño de la casa.

—Aquí tiene esta citación judicial, señor. Buenas noches, señor.

—Gracias; buenas noches.

La puerta se cerró. Dellie se asomó a la sala y agitó una mano. Luego se volvió hacia el dueño de la casa.

—Ya puedes salir, «Pop Corrigan».

Bell hizo lo que le decían. Contempló durante unos segundos al otro y luego se encaró con Dellie.

—No he bebido, pero necesito un trago para no ver doble —dijo.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—Pon tres —indicó—. Leo, ¿qué dice la citación?

—No lo sé —contestó Bell.

—No te pregunto a ti. Tú ya eres Pop Corrigan.

—Oh, es verdad, lo siento...

—Tengo que presentarme dentro de tres días, para declarar en una investigación sobre dos agentes de policía —respondió Corrigan—. En la citación se indica que debo testificar sobre su actuación con motivo de la detención de Erwin Kadd.

—Di que actuaron con toda corrección y completamente de acuerdo con las leyes —aconsejó Bell.

—¿A qué hora se produjo la detención? —preguntó Corrigan.

Bell le facilitó la mayor cantidad posible de datos sobre el suceso. Corrigan dijo que actuaría con absoluta seguridad.

—No habrá preocupaciones —afirmó.

Bell le contempló unos instantes. Los trabajos de maquillaje habían dado unos resultados asombrosos.

—Sí, todo saldrá bien —convino. Y luego se volvió hacia Dellie—. ¿Qué sigue a continuación?

Dellie hurgó en su maletín y sacó una bolsa plana.

—Contiene la documentación de Charles Evanston Corrigan, llamado Pop familiarmente, de profesión técnico de mantenimiento de estaciones espaciales de TMI y que viaja a Alpha-Gehn-4, para un período de servicio de seis meses.

—Menos que los telépatas, ¿eh?

—Técnicos de mantenimiento los hay a millares. Telépatas, menos —contestó Dellie.

—Sí, ya veo. ¿Qué más?

—Viajarás en compañía de Binnie Sandoval, cocinera. Al menos hay una cosa buena en las estaciones TMI: se come maravillosamente, sin restricciones y casi todo es natural.

—Incluido el vino y los licores —añadió Corrigan, con la sonrisa del

propio Bell.

—Entonces, va a ser un viaje muy agradable. Por cierto, ¿quién es Binnie Sandoval, cocinera?

La risa bailaba en los ojos de Dellie.

—Adivínalo —contestó. De pronto se empinó sobre las puntas de los pies y le besó cálidamente—. Te deseo mucha suerte, Pop Corrigan.

—Gracias.

El nuevo Pop Corrigan hizo rápidamente su equipaje y salió en dirección al aeropuerto.



La partida de la nave se efectuó sin el menor contratiempo. Bell pasó los controles con absoluta normalidad y ocupó el puesto señalado por una azafata de vuelo. Merced a sus motores antigravedad, la astronave se elevó suavemente, sin que los pasajeros sufriesen el menor daño. Pocos minutos más tarde, habían salido de la atmósfera.

Bell buscó en el salón comedor la lista de pasajeros. Binnie Sandoval ocupaba el camarote 32-111, lo que significaba estaba alojada en la tercera cubierta. Supuso que ella habría hecho lo mismo y, por conveniencia propia, decidió esperar algún tiempo antes de entrar en contacto.

La nave era inmensa y había espacio más que holgado para que los viajeros no sufriesen la angustiosa sensación de claustrofobia propia de los primeros viajes públicos espaciales. Había salones de recreo y gimnasio, dotados de gravedad artificial, y también un bar, de larguísimo mostrador, que se veía casi constantemente concurrido.

Los comedores eran tres, uno por cada cubierta, pero cada pasajero podía sentarse donde le apeteciese. Excepto las consumiciones del bar, todo lo demás estaba incluido en el pasaje. Bell, como supuesto técnico al servicio del Gobierno, viajaba con gastos pagados.

Durante los primeros días, la astronave aceleró con gradual suavidad, a fin de alcanzar una velocidad ligeramente inferior a la de la luz, lo que le permitiría al capitán realizar el salto al subespacio. El viaje, por tanto, se presentaba agradable y placentero.

Había pasajeras jóvenes y hermosas, ansiosas muchas de ellas de aventuras. Bell procuró mostrarse circunspecto en este sentido. Tenía la experiencia de Cora y no quería intimar con alguna de las pasajeras, que tal vez podía resultar un agente de Sholtone.

Al cuarto día de viaje, cuando los indicadores públicos señalaban ya la velocidad de doscientos sesenta mil kilómetros por segundo, Bell se encaminó al bar con objeto de matar un poco el tiempo y tomarse una taza de café. Cuando llegó, había solamente media docena de personas. Una de ellas era

una mujer de mediana edad y tez olivácea, en cuya cabellera se veían algunas hebras blancas.

La mujer había tomado sin duda una copa de más, porque estaba despotricando en alta voz acerca de ciertos defectos que había encontrado en la astronave.

—Por fortuna, no voy a quedarme aquí mucho tiempo —decía—. Y, en cierto modo, me conviene para perder grasas, porque comeré menos... Lo que nos sirven aquí bajo el equivocado nombre de comida, no es más que una bazofia infecta, que yo no daría siquiera a los cerdos de mi granja, en la antigua California... Vamos, muchacho —continuó la irritada mujer—, sírveme otra dosis de ese brebaje... Necesito un trago de más, para quitarme el apetito...

El barman, comprensivo, sonrió mientras llenaba la copa de la mujer.

—Sin duda, los chicos de Alpha-Gehn-4 se sentirán muy contentos de tenerla a usted en la cocina, señora Sandoval —dijo.

—Puede estar seguro de ello, muchacho. Voy a estar allí seis meses y desde aquí le profetizo que cuando regrese, todos ellos habrán tenido que comprarse ropa nueva..., cinco números mayor que la que usan ahora... —Concluyó la mujer, a la vez que se golpeaba ruidosamente el muslo con la mano derecha.

Bell contuvo un gesto de sorpresa. De modo que aquel era el nuevo aspecto de Myra, se dijo. Ciertamente, no la habría reconocido jamás y, de no conocer previamente su nueva identidad, ni siquiera se le hubiera ocurrido que aquella vocinglera mujer era Myra Louis.

Ella despachó su copa de un golpe y puso un billete sobre el mostrador.

—Guárdese la vuelta, chico —dijo jovialmente— Voy a estar seis meses en un sitio donde no podré gastar nada y ahora debo aprovecharme un poco.

Myra se apeó del taburete fingiendo ciertas dificultades, causadas por el alcohol. De pronto trastabilló y, para no caer, se abrazó a Bell.

—¡Caramba, qué apoyo tan estupendo! —exclamó—. Muchacho, si no tuviera ya medio siglo a las costillas, créame, le iba a hacer andar detrás de mí como si le hubiese puesto una anilla en la nariz.

—No lo dudo, señora —sonrió Bell—. De todos modos, usted conserva mucho de lo que tuvo.

Apretó con fuerza un instante. Myra contuvo un respingo.

—Bueno, hombre, no estoy borracha. Sólo un ligero mareo... — Eructó ruidosamente y apoyó la cabeza en el hombro del joven—. A la noche, en mi camarote —bisbiseó.

—Sí —contestó él en el mismo tono—. Señora, ¿no le convendría tomarse un café? —sugirió en voz alta.

—No, gracias, me encuentro perfectamente...

Myra se alejó con paso inseguro. Bell sonrió para sí. La caracterización de la chica era perfecta.

* * *

La mayoría de los pasajeros se habían retirado a sus camarotes. Algunos quedaban todavía en los salones de recreo. Apenas si se veía a algún viajero aislado o un tripulante que se desplazaba por necesidades del servicio. Bell confió en que no se fijaran demasiado en él. Por otra parte, no era el único pasajero que buscaba un camarote que no era el suyo.

Llegó ante el número 32 y tocó suavemente con los nudillos. La puerta se abrió instantáneamente.

—Pase —murmuró la chica.

Bell estudió su figura durante unos segundos. Luego movió la cabeza aprobadoramente.

—No hay quien la reconozca —aseguró—. ¿Tiene algo que decirme?

—Sí. La señora Wakeman ha tomado personalmente las riendas del asunto, ya que Sholtone está fuera de combate para una temporada. Sé que hay un par de agentes en el pasaje, pero no tengo la menor idea de su identidad.

—Un par de agentes, ¿eh? Y seguramente nos buscan.

—Por supuesto. Pero están desconcertados. Hasta ahora, que yo sepa, no nos han localizado.

—Deben de ser tontos —refunfuñó Bell—. Yo encontraría inmediatamente a la persona a quien busco.

—Vaya, qué listo —exclamó ella irónicamente—. Y, dígame, ¿cómo lo haría, Leo?

—Las huellas dactilares. Sencillo, ¿no?

—Olvida una cosa, ingeniero. No se toman huellas dactilares a los viajeros desde hace una infinidad de años. Los viajes espaciales se han convertido ya en una rutina. Millares de naves despegan y aterrizan diariamente, no sólo en la Tierra sino en los demás planetas del Imperio. Si tuvieran que realizar ese trámite con los pasajeros, los viajes quedarían poco menos que colapsados.

—Pero en nuestro caso, me parece, es diferente...

—No pueden actuar de forma diferente. Tampoco a ellos les conviene. Incluso, más que a nosotros mismos, les es mucho más conveniente el secreto.

Bell se puso en jarras.

—Myra...

—Señora Sandoval —corrigió ella rápidamente.

—Está bien, señora Sandoval —dijo él con evidente acento de mal humor—. Lo que quiero expresar es que cada vez me gusta menos este asunto. Tanto secreto, disfraces, conspiraciones... ¡Por todos los diablos, con lo sencillo que sería divulgar el asunto en los diarios y en la televisión! Todo el mundo se enteraría y ellos quedarían así al descubierto...

—Pop, creo haberle dicho algo sobre la ley aprobada por el Parlamento

—dijo Myra con frialdad—. Por tanto, renuncie a ese plan de publicidad, porque no podrá ejecutarlo. ¿O es que cree que a nosotros no se nos ha ocurrido antes que a usted?

Bell manoteó unas cuantas veces.

—Está bien, está bien —dijo—. No mencionaré más el asunto. Pero ¿qué rayos he de hacer yo en la estación TMI, aparte de colaborar en su mantenimiento?

—Observar. Y aprender —respondió ella lacónicamente.

—¿Nada más?

—Por ahora, eso es todo, Pop.

—¿Y después?

—Después..., regresaremos a la Tierra y se le asignará la misión definitiva.

—¿Puedo saber, al menos, cuál es esa misión?

—No. Lo siento.

—Señora Sandoval, esto me gusta cada vez menos. Empiezo a arrepentirme de haber accedido a sus peticiones...

—Ya es tarde. Ahora no puede retroceder.

—He pasado ya el punto de «no retorno», ¿verdad?

—Exactamente. Si localizo a los agentes de la directora, se los señalaré para que esté prevenido.

—Oiga, apostaría algo bueno a que tiene también conspiradores en la nave.

La mujer de mediana edad y ascendencia mexicana que era ahora Myra sonrió ladinamente.

—Le dejo ganar la apuesta. Y ahora, largo; buenas noches, lascivo sujeto —le apostrofó un tanto rudamente.

—¿Lascivo yo? —se sorprendió Bell—. Pero si soy un hombre casto...

—Eso dígaselo a Dellie Land. ¡Fuera, bergante!

Bell elevó las manos.

—Mujer reaccionaria y puritana, que no sabe perdonar la caída... — se lamentó.

Llegó a la puerta y puso la mano en el pomo.

—Algún día le demostraré que estaba equivocada —dijo.

—No le permitiré que me lo demuestre —respondió ella vivamente.

Bell salió al corredor y se encaminó hacia la amplia escalera en espiral que comunicaba las cubiertas. Su camarote era el 219-11, por lo que se hallaba en el piso inmediatamente superior, pero muy alejado en vertical del ocupado por la muchacha.

Sintióse profundamente preocupado. ¿Quiénes era los agentes de Phyllis? ¿Qué aspecto tenían? ¿Le atacarían si conseguían identificarle?

Cada vez se sentía más persuadido de que estaba inmerso de lleno en la vorágine de una conspiración de muy altos vuelos y que, pese a su papel de aparente relevancia, no era sino un engranaje más en una máquina de

colosales dimensiones. Y esto era algo que no le gustaba y le tenía muy desazonado.

Además, era lógico preguntarse por la identidad de los amigos de Myra en la astronave. Y aún quedaba una última duda en su ánimo.

Alguien, evidentemente muy poderoso, apoyaba los esfuerzos de la muchacha. De otro modo, no se comprendía que Myra pudiera actuar no sólo con absoluta seguridad, sino con el apoyo de ciertos medios que, de otro modo, no habría podido conseguir por sí misma.

¿Quién era el misterioso personaje que figuraba en la cúspide de la trama?

Aún seguía reflexionando sobre el tema, cuando llegó a la puerta de su camarote. Sacó la llave, que le habían entregado en el momento del embarque, y la insertó en la cerradura.

Con gran asombro, vio que sólo necesitaba dar media vuelta, cuando tenía la absoluta seguridad de que había cerrado con dos vueltas. Hizo girar el pomo, abrió y divisó a un hombre que se volvía sorprendido hacia él.

El intruso estaba situado junto a la lucerna, de casi un metro de diámetro, que permitía al pasajero ocupante del camarote la fácil contemplación del espacio exterior. Atónito, Bell captó también la expresión de infinito horror que aparecía en el rostro del desconocido.

En el mismo instante, se produjo la explosión.

CAPÍTULO VIII

Durante una fracción de segundo, Bell vio el estallido del cristal, lo que produjo la salida instantánea del aire. La succión arrastró al sujeto fuera de la nave, pero, al mismo tiempo, sintió que el pomo se escapaba de su mano. La puerta, movida no sólo por los mecanismos de seguridad, sino por el impulso del aire del corredor, se cerró prácticamente de un modo instantáneo.

Los timbres de alarma chirriaron por la nave. En alguna parte se encendió una luz roja. El oficial de guardia empezó a llamar a las cuadrillas de salvamento y rescate. Bell se apoyó contra la puerta, sudando a chorros, mientras se imaginaba la horrible agonía del sujeto proyectado al espacio, reventado de una forma espantosa y congelado en poquísimos segundos.

Pero, durante aquellos cortísimos instantes, debía de haber padecido los mil horrores del infierno. Ahora ya no le cabía la menor duda de que había sido localizado.

Varios tripulantes corrieron hacia él. Un oficial subalterno se le acercó ansiosamente.

—Este es el camarote 219-11 —dijo.

—Si —contestó Bell—. No sé qué ha pasado... En el momento de abrir, el cristal saltó y...

—Los mecanismos de bloqueo han funcionado bien, por fortuna —dijo el oficial. Sacó una radio portátil y llamó—: Habla el teniente Doumont. Es preciso enviar un equipo de reparaciones al exterior. Segunda cubierta, camarote doscientos diecinueve. El cristal de la lucerna ha saltado.

—Lo enviaremos ahora mismo —contestó alguien desde el puente de mando.

Doumont puso una mano sobre el hombro de Bell.

—Siento lo ocurrido, señor —dijo—. No es frecuente ni mucho menos, pero en ocasiones el cristal de una lucerna sufre una alteración molecular que provoca una pérdida de tensión estructural, con la rotura consiguiente. Sin embargo, le felicito de que se haya salvado...

—Esto, no tiene gracia alguna —rezongó Bell—. Ya no podré dormir tranquilo en el resto del viaje, pensando en que el cristal de una lucerna puede saltar en cualquier momento.

—Colocaremos uno nuevo y lo reforzaremos adecuadamente — aseguró Doumont—. Venga conmigo, señor; creo que le conviene tomarse una copa en el bar. Además, así podrá aguardar a que la avería esté reparada.

Bell se dijo que no convenía exagerar el capítulo de quejas y siguió al oficial. Al llegar al bar, Doumont hizo una seña al camarero.

—Sirva al señor lo que pida, por cuenta de la compañía —ordenó.

—Bien, teniente.

Bell pidió un coñac doble. Mientras el equipo de reparaciones, embutidos todos sus componentes en sus trajes espaciales, salía fuera de la nave con los elementos precisos para reparar los desperfectos.

Todavía estaba Doumont junto a Bell, cuando recibió un informe del jefe del equipo de reparaciones: —Hemos encontrado un cadáver a unos

cuatrocientos metros de la nave, sin, duda expulsado por el estallido de la lucerna. Aún no se había alejado lo suficiente para sustraerse por completo a la atracción gravitacional y dos de mis hombres lo están remolcando hacia la esclusa seis Sudeste.

—Gracias —dijo Doumont—. Enviaré allí al médico y al jefe de seguridad. —Se volvió hacia Bell— Por lo visto, había un intruso en su camarote, señor—añadió.

—Algún ladrón con mala suerte, supongo.

—Sí, de cuando en cuando atrapamos a algún amigo de lo ajeno. Pero éste tuvo mala suerte. Con su permiso, señor Corrigan.

—Desde luego... Ah, teniente, por mera curiosidad, dígame más tarde el nombre de ese desgraciado.

—Sí, señor.

Bell apuró su copa pensativamente. Media hora más tarde, Doumont volvió y le anunció que su camarote había quedado nuevamente en perfectas condiciones.

—Gracias, teniente.

—El nombre del ladrón era Otto Schinke, señor Corrigan —dijo Doumont sorprendentemente.

✲ ✲ ✲

Por fortuna, su maleta y la mayoría de efectos personales habían quedado en un armario cerrado, pero todo lo demás había salido disparado al espacio, incluidas las ropas de cama, que le habían sido repuestas por la intendencia de a bordo. Al fin, después de mucho rato de permanecer desvelado a causa de las preocupaciones, consiguió dormirse.

Le pareció que acababa de cerrar los ojos, cuando sintió que llamaban a la puerta. Maldiciendo al importuno, se levantó a abrir.

Myra, con su aspecto de Binnie Sandoval, se coló rápidamente en el camarote. Miró un poco a su alrededor y luego fijó los ojos en el joven.

—Al menos, podría ponerse una bata encima —se quejó.

—Siempre duermo así —contestó Bell, que solamente llevaba una especie de slip con una cantidad minúscula de tela—. Además, la explosión se llevó mi bata. Pero si tanto le molesta, aguarde un momento.

Agarró una sábana y se envolvió el cuerpo. Luego miró su reloj.

—Las seis de la mañana no es hora para despertar a la gente —refunfuñó.

—Para mí, es la mejor hora —replicó ella agudamente—. Cuénteme lo que pasó.

—Es bien sencillo: Otto Schinke vino a ponerme una trampa y le explotó en las narices.

—¡Schinke! —se asombró Myra.

—Seguramente era el auténtico. Sholtone debía de utilizar su personalidad en algunas ocasiones. Ahora, sin embargo, era el propio Shinke quien viajaba en la nave.

—Y averiguó su identidad.

—Ya puede verlo, «señora Sandoval» —dijo él con cierta soma.

—Bien, al menos uno de los agentes ha sido eliminado, aunque sea por sí mismo. Ahora ya sólo falta encontrar al otro...

—Si piensa en mí para despenar al sujeto, olvídese.

—No se me ocurriría pedírselo siquiera. Lo haré yo, descuide.

Bell miró fijamente a la muchacha.

—¿Qué clase de mujer es usted? —gruñó—. Se queja de los crímenes que comete cierto grupo de personas, pero, para evitarlos, va a ponerse a la misma altura que sus criticados. Por cierto, ¿cómo va a liquidar al otro agente, suponiendo que lo encuentre?

—Le invitaré a una copa y pondré veneno en su licor —respondió ella, impertérrita.

Bell tendió la mano.

—Salga de aquí, mala pécora —dijo coléricamente—. Salga y no vuelva a verme en los días de su vida.

Myra se echó a reír,

—¡Pobrecito, qué a pecho se lo ha tomado! —exclamó. Levantó la mano y le acarició la mejilla—. Pero, ¿de veras cree que voy a matar a ese hombre?

—No me toque —contestó él malhumoradamente. Luego reparó en las últimas palabras de la chica—. Pero si no lo mata, ¿cómo podrá decir que lo ha quitado de en medio?

—Déjelo de mi cuenta y no se preocupe de más. Ah, por cierto, aún no sé qué clase de bomba empleó Schinke...

—A mi juicio, cometió un error. Era una bomba que debía estallar apenas hubiese cruzado yo el umbral. La puso adherida al cristal y el cable quedó conectado a la puerta. Pero debió haber hecho la conexión en último lugar y no antes, ¿comprende?

—Con la puerta ya abierta ya punto de salir, ¿no?

—De todas formas, a usted no le habría pasado nada, si hubiese llegado tan sólo un minuto después.

—¿Por qué?

—Hombre, la bomba explotó cuando usted abría la puerta..., y se hubiese cerrado de la misma forma...

—Está equivocada. Yo abrí, pero no entré inmediatamente, porque lo vi junto a la lucerna y eso me dejó parado unos instantes, el tiempo que hubiese necesitado para cruzar el umbral y que la explosión me hubiese pillado ya dentro. O por lo menos la puerta, al cerrarse violentamente a mis espaldas, me habría proporcionado el impulso suficiente para terminar de entrar..., y salir disparado por la lucerna.

—Bueno, se ve que, incapacitado Sholtone para dirigir la operación, está en manos de la directora y que ésta no tiene demasiada práctica en elegir sus agentes.

—Tenga cuidado, aún queda uno con vida.

Myra sonrió.

—Está ya fuera de combate —aseguró.

* * *

—He encontrado al agente y lo he eliminado —dijo Myra al atardecer del mismo día.

—¿Tendremos que asistir a otro funeral? —dijo Bell sarcástica mente.

A mediodía se había celebrado el funeral por Shinke, presidido por el capitán de la nave. Luego, el cadáver, encerrado en una caja metálica, herméticamente sellada, había sido depositado en una de las bodegas, en el departamento frigorífico, para ser entregado a los parientes que lo reclamasen. De otro modo, lo enterrarían en el planeta que era la próxima parada.

—No habrá funeral, Shinke y el otro viajaban juntos. Me hice amiga de él, empecé a hablarle de mis habilidades culinarias y al cabo de un rato, se ofreció a acompañarme hasta mi camarote —explicó Myra—. Naturalmente, acepté y cuando le tuve en mis garras le propiné una inyección de extracto de loro.

Bell puso cara de idiota.

—¿Extracto de loro? —repitió.

—Sí, hombre, sí —contestó la chica, al parecer muy divertida—. Le hice repetir todo lo que sabía y me contó incluso hasta el primer día en que salió con una muchacha. Hace seis años se operó de estrabismo y un quiste en el riñón derecho...

—Basta, basta, por el amor de Dios. Empiezo a sospechar que usted también se ha tomado otra inyección de ese condenado extracto.

—No, hombre, no, sólo quería contarle... Bueno, el caso es que el amigo Syarock ya no es ningún peligro.

—¿Lo ha seducido con lo que ahora son más que dudosos encantos? —preguntó él mordazmente.

En absoluto. Lo que hice fue darle un trago de concentrado de flor de loto.

—¿Eh...?

—La pócima que le hará olvidar que ha hablado conmigo y no sólo eso, sino también que fue enviado por Phyllis Wakeman con la misión de conseguir identificarnos y eliminarnos a las primeras de cambio. Usted ya sabe que los lotófagos olvidaban todo...

—Lo sé, lo sé, pero su plan tiene un fallo, señora Sandoval.

—A ver, dígame —pidió ella con aire ofendido.

—Syarock deberá informar periódicamente a Phyllis...

—Ya se lo pregunté y dijo que tenían órdenes de no enviar ningún mensaje que no fuese el clásico de «misión cumplida». Por tanto, ya no corremos ese riesgo.

—Pero Phyllis puede recelar de la tardanza de sus agentes en identificarnos —insistió él.

—Bueno, tampoco les fijó un plazo...

—Le daré un consejo. Busque a Syarock y pídale la clave o la contraseña para comunicarse con la directora. Entonces, envíele un mensaje diciendo que todo está terminado para nosotros.

—Ese mensaje habrá de esperar un poco, Pop Corrigan.

—¿Por qué?

Una campana empezó a tañer suavemente en aquel momento. A los pocos segundos se oyó una voz:

—¡Atención, atención...! Habla el comandante de la nave. Ruego a todos los pasajeros ocupen sus camarotes y se tiendan en las literas, sujetándose con las correas de seguridad. La transición al subespacio se realizará dentro de treinta minutos exactamente, cuya cuenta escucharán ustedes a través del sistema de megafonía. Gracias, señoras y señores.

—Ya lo sabe; hasta que no hayamos terminado el salto subespacial, no podré enviar el mensaje a la directora. Le veré más tarde, Pop.

—Sí, señora Sandoval —contestó él mansamente.

Mientras se tendía en la litera, volvió a sentir la amargura de saberse un diminuto peón en un juego mortal. ¿Valía la pena correr tantos riesgos por conseguir la libertad mental de unos pocos centenares de infelices?

Pero una vez más volvió a pensar en la angustia de su amigo Erwin Kadd. Y también recordó a Cora.

Sí, tenía que seguir adelante, fue la decisión final.

Después de tenderse en la litera, cogió una de las correas y se dispuso a ceñírsela en torno a los muslos. Había otra correa, mucho más ancha, que sujetaría su tórax. Pero al tirar de la primera para ajustársela, se quedó con ella en las manos.

CAPÍTULO IX

Estaba sentado en la litera y miró estúpidamente la correa, que no se hallaba en la posición que debería adoptar para la seguridad del pasajero. Por encima de su cabeza, el altavoz desgranaba metódicamente la cuenta del tiempo, en minutos y fracciones de quince segundos. Hasta, el último minuto no se contarían los segundos uno a uno.

Levantó la correa, que si bien había quedado unida por la anilla central, se había separado de los lados, en donde debía estar sujeta por los hierros al armazón de metal de la litera. La correa tenía una anchura superior a los diez centímetros, y en los extremos, cerca del lugar donde debía quedar sujeta a la litera, aparecía cortada.

Examinó los bordes. No habían sido cortados con una navaja afilada, como le había parecido en un principio. En aquellos bordes, había una pérdida de color de casi un centímetro. Y entonces comprendió que alguien había utilizado un poderoso ácido para quemar el tejido, La quemadura quedaba bajo la litera, de modo que el pasajero no vería nada, hasta que tuviese necesidad de utilizarla correa.

—Probó con la otra correa, ancha de casi treinta centímetros. Sucedió lo mismo.

El altavoz anunció:

—Veinticuatro minutos y treinta segundos...

Furioso, Bell arrojó las correas al suelo. ¿Qué podía hacer?

No era la primera vez que hacía un viaje espacial, aunque también era cierto que jamás había puesto el pie en una estación de TMI. Pero sabía muy bien lo que sucedía en el momento en que se iniciaba la transición al subespacio. Y no era nada agradable y, además, hasta podía tener funestas consecuencias.

En primer lugar, se desconectaban los generadores de gravedad artificial, con lo que el peso desaparecía por completo. En circunstancias ordinarias, no habría tenido importancia. Bastaba con quedarse quieto y el cuerpo, por si solo, no rompería el momento de inercia estática. Pero aún había más.

La nave se lanzaba bruscamente a un lugar donde no había absolutamente nada. Era como la caída a un pozo sin fin, la perforación de un orificio de incalculable longitud, durante cuyo trayecto se producía una especie de desintegración, de salto total a la nada. Y los efectos que producía dicho salto eran distintos para cada persona.

Algunos no padecían en absoluto; la mayoría soportaban bien aquellos escasos minutos de aceleraciones a velocidades incomprensibles para la mente humana. Pero otros padecían mil agonías del Infierno, y todos, además, podían salir proyectados de la litera, de no hallarse convenientemente sujetos.

—Veintitrés minutos —anunció la cinta grabada con la cuenta del tiempo.

Era una voz dulce de mujer... pero también podía ser la voz de la muerte. Bell conocía un par de casos en que se habían producido unos accidentes desastrosos, aplastados los pasajeros contra el lecho del camarote, por hallarse

mal sujetos o, simplemente, por desdeñar las normas de seguridad. En el mejor de los casos, podía prepararse a la fractura de unos cuantos huesos.

El autor de la fechoría había sabido hacerlo bien, se dijo. Pero si Syarock estaba ya fuera de combate, ¿quién lo había hecho?

—Veintitrés minutos y cuarenta y cinco segundos...

Bell se dio cuenta de la infernal astucia del agente de la directora. Las normas eran muy estrictas. A bordo, todo el mundo, desde el capitán hasta el último tripulante, estaban ya en sus literas. Una vez en marcha los mecanismos automáticos, la nave iniciaría por sí misma la transición subespacial. Resultaría inútil pedir auxilio.

Y el agente de Phyllis lo sabía.

Saltó al suelo, mientras buscaba frenéticamente una solución para un problema que parecía no tenerlo. Ya se veía a sí mismo proyectado como un obús hacia el techo del camarote, y convirtiéndose en una masa de pulpa ensangrentada, con los huesos literalmente pulverizados...

Estaba frente a la litera, pensando en tenderse boca abajo y agarrarse al armazón, pero sabía que la fuerza irresistible le arrancaría de aquella posición. Entonces fue cuando vio la solución y casi se echó a reír.

—Veintidós minutos y treinta segundos —anunció el altavoz.

—Bueno, tengo tiempo hasta de ir al bar y tomar una copa y fumar un cigarrillo sin nicotina... —se dijo alegremente.

De súbito, la risa se heló en su garganta.

—¡Myra! —gritó.

El agente podía haber hecho lo mismo con las correas de la litera ocupada por la chica. Ella estaría ahora desconcertada, llena quizá de pánico, sin saber qué hacer. Y si no se le ocurría la solución que él estimaba como salvadora, podría morir.

—Veintitrés minutos —continuaba la cuenta atrás del tiempo que faltaba para que se produjera el salto subespacial.

Bell giró sobre sus talones y abrió la puerta. El enorme corredor aparecía absolutamente desierto, sumido en un silencio casi tétrico, brillantes los metales y el suelo reflejando apagadamente las luces superiores. No se veía a nadie fuera de sus camarotes.

Corrió hacia la escalera que comunicaba su cubierta con la inferior. En pocos segundos estuvo ante el camarote 32.

Abrió la puerta. Myra estaba sentada en el borde de la litera, con una de las correas en la mano y el rostro muy pálido.

—Casi te esperaba —le tuteó—. Pero no me atrevía a llamarte... Te ha pasado lo mismo, ¿verdad?

Bell cerró la puerta.

—Quemaron las correas con ácido —explicó—. No sé quién lo hizo y, en estos momentos, no tiene demasiada importancia, pero creo que tengo la solución.

—¿Sí? Oh, Leo, he oído hablar de terribles accidentes...

—Sucedieron realmente y para recoger los restos de las víctimas, fue preciso emplear un aspirador.

Myra se puso una mano en la boca.

—No seas sádico —le apostrofó—. Dime, ¿cuál es la solución?

—Hay tiempo todavía, casi veinte minutos —dijo él—. Pero, ¿no te das cuenta de que el caso adquiere una nueva dimensión?

—Pues..., quizá alguien hizo esto ya apenas zarpamos...

—No, porque esta mañana un tripulante me pidió permiso para inspeccionar las correas, cosa que se hace ahora inexcusablemente horas antes de una transición subespacial, a fin de corregir posibles defectos. Yo estuve presente y vi que el hombre comprobaba la solidez de las correas. Él lo hizo, desde luego.

—¿Syarock? —apuntó ella.

—Tampoco. Phyllis tiene un tercer hombre a bordo y nosotros, cegados con Schlinke y Syarock, lo hemos pasado por alto.

—Otro agente... Pero, ¿quién puede ser, Leo?

—Lo averiguaremos después del asalto. A partir de ese momento, dispondremos de diez días antes de que nos desembarquen en Alpha- Gehn-4. Hemos de localizarlo en ese espacio de tiempo o ya podemos ir preparándonos para abandonar la partida.

—No se me ocurre ningún nombre. He estudiado a fondo la lista de pasajeros. Envié un mensaje en clave y me dijeron que, salvo Schinke y Syarock, ninguno era sospechoso.

Aquellas palabras confirmaban las suposiciones de Bell. Detrás de Myra había personas de muy alto rango. Pero no era el momento de entrar en discusiones sobre el particular.

—Puede tratarse de un tripulante —dijo— De todas formas, voy a darte la solución para salir con vida del paso.

—Haré lo que me digas, Leo —aseguró la chica.

—Métete debajo de la litera.

Myra parpadeó. Luego, aunque con cierta renuncia, hizo lo que le pedían.

—Ya está —dijo con cierto despego—. ¿Y ahora?

—Ahora —indicó Bell—, como puedes apreciar, entre la red metálica que es la estructura que sustenta la colchoneta y tu cuerpo, hay una distancia no mayor de diez centímetros. Cuando llegue el último segundo, bueno, un poco antes, elévate sobre los pies y las manos, de modo que quedes apoyándote contra el somier desde la cabeza hasta ese bonito y ahora disfrazado trasero. Luego, pies y manos se te despegarán del suelo, pero el choque contra ese improvisado techo, resultará muy soportable.

Ella hizo una prueba y dio su conformidad.

—De todas formas, la red metálica puede dañarme la espalda, por la presión...

—Ponte una manta doblada en la espalda. Incluso puedes rasgar otra

para envolverte las piernas y las manos. Pero no pierdas tiempo.

El altavoz dijo:

—Dieciséis minutos y quince segundos.

Bell se inclinó y tendió una mano a la muchacha para ayudarla a salir fuera.

—Vuelvo a mi camarote —anunció—. Nos veremos en cuanto concedan permiso para hacer vida normal.

De pronto, agarró a la chica por los hombros y la besó fuertemente.

—Te quiero, Myra —se despidió.

Ella se rozó los labios con los dedos, mientras sonreía indefiniblemente. De pronto, el altavoz proclamó que ya sólo quedaba un cuarto de hora y se puso a trabajar frenéticamente con las mantas.

Era una suerte, se dijo, que las compañías de viajes tuvieran en cuenta posibles caprichos de los pasajeros, Pese a la benigna temperatura ambiental, no faltaban quienes necesitaban de alguna manta para conciliar el sueño sin problemas. Y mientras seguía los consejos de Bell, se preguntó si los hombres de la directora Wakeman volverían a atacarles.

—Seguro—murmuró—. Tienen que insistir e insistir...



Estaba tomándose una copa en el bar, charlando por los codos con el mozo, como era su costumbre, desde que representaba el papel de Binnie Sandoval, cuando se le acercó un hombre.

—¿Cómo está, señora?¿Tuvo dificultades con el salto al subespacio? —preguntó Bell.

Myra agitó una mano desdeñosamente.

—¡Quiá! —exclamó—. Yo ya soy una veterana de estos viajes. Para mí, un salto al subespacio es menos incómodo que subir o bajar de mi aeromóvil. ¿Qué quiere tomar, señor Corrigan? Le invito yo, naturalmente.

—Gracias, señora, pero llámeme Pop. A fin de cuentas, vamos a permanecer juntos seis meses en la estación espacial... Lo mismo que usted, gracias, señora.

—Está bien. Tú, chico, ponle al amigo una dosis de mi medicina para la melancolía.

—Al momento, señora Sandoval.

El barman preparó algo en un pequeño cubo de metal. Luego lo inclinó para llenar una copa, que puso delante del ingeniero. Bell bebió la mitad de un trago y le pareció que le arrancaban el estómago con unas tenazas.

—Ci..., cielos... Señora, ¿qué clase de medicina...? —jadeó, sin aliento.

Myra se echó a reír.

—Polvos de serpiente de cascabel desecada, patas de tarántula bien

molidas, vidrio en polvo, un chorrito de vitriolo, ortigas hervidas, espinas de cactus..., y dos o tres gotitas de leche para suavizar.

—Para suavizar—resopló Bell—, se necesitaría toda la leche de una manada de vacas...

De pronto, mientras hablaba, vio a un individuo que se acercaba al bar.

El hombre le miró y se sobresaltó vivamente, pero su gesto de sorpresa duró apenas un segundo. Luego se acercó a la barra y pidió con voz neutra una jarra de cerveza.

Bell continuó la charla con Myra. Pero la presencia del sujeto en el bar, había vuelto a su memoria un incidente sucedido algunas semanas antes.

Aquel día, estaba completamente calvo y tenía la cara limpia. Ahora usaba una peluca y su labio superior se adornaba con un bigotito no muy frondoso. Sí, no podía ser otro el tercer hombre de Phyllis, pensó.

El individuo despachó su cerveza precipitadamente y puso unas monedas sobre el mostrador.

—Gracias, señor Pequod —dijo el barman.

«Te he calado, muchacho», pensó Bell.

El barman se alejó para atender a otros clientes. Bell, bajó la voz para interpelar a la muchacha:

—¿Qué tal lo has pasado? —preguntó.

—Fatal —contestó ella—. Hubo momentos en que creí que iba a «diñarla», pero tu solución fue ideal: estoy viva gracias a ti, Leo.

—Cosa que no ha debido de hacerle demasiada gracia al señor Pequod —contestó él.

—¿Ese tipejo que acaba de marcharse?

—El mismo. Hay personas que no pueden disfrazar su personalidad, por más empeño que pongan en el asunto. Ahora lleva peluca y bigote y antes, es decir, el día en que lo eché desnudo a la calle, era calvo y sin pelos en el labio superior. Pero esa cara de hurón no se puede disimular por ningún disfraz.

—Está bien. Lo hemos localizado. ¿Qué haremos ahora?

—Ahora, no. A la noche, iremos a hacerle una visita a su camarote. Y no dejes de llevarte tus extractos de loro y de flor de loto.

Myra sonrió.

—Iré bien equipada —prometió.



Septimus Pequod dormía apaciblemente, cuando, de pronto, notó que se encendía la luz. Sorprendido, se sentó en la cama bruscamente y el temor asomó en sus ojos al reconocer a las dos personas que acababan de entrar en su camarote.

—¿Que..., qué es lo que buscan? —preguntó.

—No tema, señor Pequod, no vamos a hacerle ningún daño. Sólo queremos charlar un ratito con usted —dijo Bell placenteramente.

—No tengo nada que decir...

—Es usted un hombre muy terco. Yo aseguro que realmente sí tiene algo que decir, mucho y muy interesante. —Súbitamente, Bell se arrojó sobre el hombrecillo y cayó casi sobre él, sujetándolo con las manos y el propio peso de su cuerpo.

—Empieza, Myra —ordenó.

La chica tiró hacia abajo las ropas de la cama. Rasgó una de las perneras del pijama de Pequod y aplicó al muslo izquierdo la boca de la pistola de inyecciones.

—Ya está —anunció, al terminar la operación.

Bell se incorporó.

—Amigo Septimus —había averiguado su nombre y el número de camarote en la lista de pasajeros—, ahora, dentro de treinta segundos, contestará usted a todas las preguntas que se le hagan. Ya ve que no queremos causarle el menor daño.

—Me..., me han inyectado un hipnótico...

—Puntualizando: extracto de loro, que provoca unas irrefrenables ansias de hablar y de contar todo lo que se sabe —contestó Bell alegremente.

A los treinta segundos, Myra hizo su primera pregunta de tanteo. La respuesta le convenció de que Pequod diría todo lo que supiera.

Media hora más tarde, habían descubierto el secreto tan celosamente guardado por los altos cargos del CCI: Bell se sintió horrorizado al conocer lo que planeaban Phyllis y sus cómplices.

—Por fortuna, eso no es cosa de pocos días, sino de meses, y hasta de un par de años —le tranquilizó Myra—. Y a fin de cuentas, nosotros vamos a permanecer en la estación solamente seis meses. Así podrás familiarizarte con los procedimientos operativos y actuar en consecuencia cuando llegue el momento.

—Cuando llegue el momento de poner bombas, ¿verdad?

Myra no dijo nada. Bell apretó los labios, tratando de dominar la cólera que sentía. Pero, se dijo, si Myra y sus amigos del grupo LM tenían un plan, él había concebido otro aún mejor.

—Está bien —dijo—. Dale ahora el jugo de flor de loto. Y deja que sea yo el que le indique las últimas instrucciones, ¿entendido?

Pequod permanecía sentado en la litera, con expresión ausente. Myra le aplicó la segunda droga y, al cabo de un minuto, Bell se encaró con el tercer agente.

—Septimus, cuando se levante, mañana por la mañana, olvidará por completo que nos ha localizado —dijo lenta y firmemente, a fin de que las palabras penetrasen bien en el cerebro del sujeto—. En la clave convenida, enviará un mensaje a la directora, y le dirá que Pop Corrigan y Binnie Sandoval son los auténticos y que Myra Louis y Leo Bell no están a bordo.

Añadirá que, posiblemente, ha sido objeto de un engaño y que debe investigar y castigar al culpable. Repítalo.

Pequod repitió punto por punto cuanto le había dicho el joven. Al terminar, Bell le dio otra orden:

—Puede dormirse.

—Sí, señor.

Pequod se acostó. Bell le cubrió con una manta y empujó a la chica hacia la puerta.

—Leo, ¿por qué le has ordenado que pida a Phyllis la investigación y el castigo del culpable? Ellos han hecho todo lo posible...

Bell la miró fijamente.

—Chica, debieras de saber utilizar tu cerebro un poco mejor —contestó hirientemente—. ¿Cómo supo Pequod nuestra verdadera identidad? Quizá a mí me pudo reconocer; tal vez no soy muy bueno aparentando otra personalidad, pero tú estás absolutamente desconocida. Y, ¿quién se lo dijo?

Myra asintió con lentos movimientos de cabeza.

—No cabe la menor duda: un agente infiltrado en el grupo...

—O un traidor, porque si hay algo que no escasea en este mundo, son los traidores —dijo él rotundamente.

CAPÍTULO X

En el plazo señalado, llegaron a la estación de TMI, se presentaron al ayudante del comandante y empezaron a iniciarse en sus respectivos cometidos.

La estación era un inmenso aro, de más de veinte kilómetros de diámetro y uno de grueso, en donde residía una verdadera población humana. Había sectores en que, con la ayuda de la gravedad artificial, se habían instalado verdaderos campos de cultivo, que producían toda clase de vegetales alimenticios, y hasta granjas con animales domésticos. El agua corría por los canales de riego y, dada la antigüedad de la estación, había incluso árboles frutales, que producían verdaderas cosechas de toda clases de frutos.

—Lo único que no han plantado son viñas y olivos —le dijo a Bell algunos días más tarde, el jefe de su sección de mantenimiento—. No tienen espíritu mediterráneo —suspiró el hombre, oriundo de la región europea.

Bell empezó a imponerse en su trabajo. La estación de TMI se hallaba ubicada en un imponente edificio, situado en el centro del colosal anillo, al que estaba unida por una docena de gigantescos radios, en los cuales se hallaban las oficinas y distintos talleres. Cintas deslizantes permitían el fácil traslado de un punto a otro de la estación. Por otra parte, el trabajo no resultaba agobiante, aunque Myra se quejó un poco el día en que se vieron por primera vez, dos semanas después de su arribada.

—¡Qué gente! —exclamó—. Serían capaces de comerse un buey con cuernos y pezuñas, como postre solamente... No paro de ir y venir en los fogones...

Bell se echó a reír.

—La buena cocinera disfruta viendo comer a la gente —dijo.

—Sí, pero es que estos parece que naufraguen cada día. ¡Qué estómagos! —Miró críticamente al joven—. ¿Y tú? ¿También tienes buen apetito?

—Me hincho —contestó él—. Ciertamente, eres una magnífica cocinera, pero, dime, ¿dónde aprendiste los secretos de la cocina?

—Oh, tuve que entrenarme. No podía presentarme con este oficio, sin saber freír siquiera un par de huevos. —Myra se pasó las manos por las caderas—. Lo malo es que, como siga así, voy a terminar hecha un tonel.

—A algunos les gustan los toneles.

Ella hizo una mueca.

—Me pondré a régimen —contestó—. Y a ti, ¿qué tal te va?

—No puedo quejarme. La mayoría de los aparatos funcionan perfectamente, de modo que me paso tumbado la mayor parte del tiempo de mi turno.

—Entonces, el que se pondrá como un barril serás tú.

—Ya adelgazaré en la Tierra...

Bell se interrumpió repentinamente.

Dos individuos vestidos por completo de blanco, empujaban un sillón de ruedas, en el que viajaba otro hombre, al parecer enfermo, según se podía apreciaren su rostro demacrado y sin color.

—Pobre hombre —murmuró Myra compasivamente—. También aquí se padecen dolencias...

De pronto, el acompañante del enfermo que empujaba el sillón, se encaró con la pareja.

—¿Qué hacen aquí? —exclamó ásperamente—. ¿No tienen un sitio para trabajar?

Bell leyó sobre la bata blanca el nombre del individuo: Dr. COLEMAN.

—Lo siento, doctor —se disculpó—. La señora Sandoval y yo estamos en período de descanso. Nunca supusimos que nuestra estancia en este corredor contraviniera alguna norma...

—Ahora ya lo saben, de modo que lárguense —dijo Coleman ásperamente.

—Sí, doctor.

Antes de marcharse, Bell arrojó una mirada al enfermo. Luego agarró el brazo de la chica y echó a andar pasillo adelante.

—No entiendo por qué el doctor se ha puesto tan furioso por vernos en ese pasillo —dijo la chica—. No hay ningún cartel que lo prohíba...

—No, no lo hay, pero hemos visto a un operador de TMI. Myra sintió que se le cortaba el aliento al comprender el sentido de la respuesta.

—Es un telépata...

—Y seguramente, ha entrado ya en la fase aguda de agotamiento físico y mental. Pero lo bueno del caso es que yo lo conozco, Myra. Su nombre es Dave Hardy.

—Lo conoces —murmuró ella—. ¿Te ha dado una idea ese encuentro?

—Sí —respondió Bell lacónicamente. Y por más insistencia que mostró la muchacha, no quiso exponerle cuál era su idea, en realidad concebida durante el viaje.

Pero el encuentro con Hardy le iba a ahorrar mucho tiempo.

* * *

Con la bolsa de faena colgada del hombro izquierdo, el hombre, en cuyo uniforme de trabajo, en el lado izquierdo, podía leerse su identificación, CORRIGAN, caminaba a lo largo del corredor, con un objeto en la mano, unido por un cable a la caja, y que tenía todo el aspecto de un detector.

Una vez se encontró con un oficial de alta graduación, quien le preguntó qué hacía en aquellos lugares. Impasible, Bell contestó:

—Inspección de posibles fugas de aire y pérdida de presión, señor.

—Ese aparato debe de ser nuevo —observó el oficial.

—Sí, señor; podría detectar el escape de aire producido por un orificio de una micra de diámetro, menor aún que el de un poro del cuerpo humano, y basta la baja de presión de un miligramo por decímetro cuadrado.

—¡Cuántas cosas se inventan ahora y tan buenas! —exclamó el oficial, sinceramente admirado—. Siga, siga, señor Corrigan.

—Gracias, señor.

Momentos después, Bell llegaba ante una puerta en la que se leía el nombre del ocupante de aquel departamento: D. HARDY. Bell miró a derecha e izquierda, vio que estaba solo, abrió, entró y cerró rápidamente, Incluso con el pestillo de seguridad. Todavía junto a la puerta, contempló a su amigo, que yacía sobre el lecho, profundamente dormido al parecer.

Bell se esforzó en dominar los sentimientos de cólera que le producía la visión de un antiguo compañero de estudios, que siempre se había distinguido por su carácter exuberante y alegre. Ahora, Hardy no era más que un pingajo humano, cuya sola contemplación causaba náuseas.

Se acercó a la cama y sacudió al durmiente.

—Dave, Dave... —llamó.

Hardy abrió los ojos torpemente.

—¿Eh? ¿Quién...? Déjeme dormir...

—Despierta, Dave. Soy Leo Bell.

Hardy hizo un esfuerzo y se incorporó sobre un codo.

—Tú... Usted no es...

—Estoy disfrazado, por algo que ya te explicaré. Ahora quiero hablar contigo, Dave.

—Me siento muy cansado... Déjeme, déjeme...

—Dave, ¿ya no te acuerdas de Polly Maggellan y de Sissy West? ¿Ya no recuerdas el día en que al profesor de Química le pusimos una bomba de humo en el aeromóvil y estuvo a punto de matarse?

Los ojos de Hardy parecieron cobrar cierto interés.

—Esos detalles..., ¿quién se los ha contado? —preguntó.

—¿Me ha contado alguien que tienes un lunar en la cara posterior del muslo izquierdo? ¿Me ha contado alguien tu lío con la viuda Fairchild? Si te descuidas, te caza, con los seis críos que tenía...

—Eso no lo sabe mucha gente —dijo Hardy—. Pero, si de verdad eres Leo Bell, ¿por qué tienes ese aspecto?

Bell sonrió. Abrió la supuesta caja del detector y sacó un frasco y un vasito de metal.

—Mira, Dave, lo mejor, para empezar, es un buen trago —exclamó jovialmente.

—No podemos tomar alcohol —dijo Hardy, casi aterrado.

—¡Al diablo con las reglas, Dave! Tómate un par de buenos tragos y verás cómo te sientes mejor. Y entonces podrás escucharme..., y ayudarme, porque te ayudarás a ti mismo ya todos los desgraciados que se encuentran en las mismas condiciones. Anda, bebe...

El coñac pareció devolver algo de color al lívido rostro de Hardy. Bell le ahuecó la almohada y lo ayudó a que se incorporase un poco. Al terminar, sonrió.

—Bueno, Dave, viejo pirata, y ahora, ¿quieres contarme cuál es el procedimiento TMI?

—Oh, es bien sencillo —respondió Hardy— Desde la Tierra, o desde cualquier otra estación espacial, un operador llama a otro, mediante un código previamente definido, a fin de que otros operadores que puedan captar la llamada telepática, no tengan necesidad de intervenir. Mi clave, por ejemplo, es ANTILOPE GRIS-55.

—Y todos los demás operadores la conocen.

—Sí, como yo conozco las de mis colegas. Además, tengo el libro de identificación, con la situación de cada uno de los operadores. El mecanismo es bien sencillo, como puedes apreciar.

—Bien, supongamos que el operador denominado... GAMO ROJO- 40 te envía un mensaje comercial para determinada persona situada en la dirección que también te indica. ¿Qué haces tú a continuación, Dave?

—En primer lugar, debes saber que nosotros operarnos siempre, inexcusablemente, en distancias interestelares. Este puesto está situado en el sistema de Vega, a unos veintisiete años luz de la Tierra, y el sistema consta de siete planetas, el más alejado de los cuales está a unos ochocientos millones de kilómetros. Si yo recibo un mensaje de la Tierra para Sextus, que es el nombre de dicho planeta, lo copio en mi dictógrafa y lo paso a las estaciones de transmisión normales.

—Por radio.

—Sí. El mensaje tarda en llegar a Sextus unos cuarenta y cinco minutos, a la velocidad de la luz, como es lógico, ya que las ondas hertzianas viajan con esa misma velocidad. Por tanto, desde que es emitido desde la Tierra hasta su recepción en Sextus, han pasado poco más de una hora, teniendo en cuenta lo que pueda tardar yo en redactar el mensaje telepático, transcribiéndolo gráficamente, más lo que tarde el operador de radio en expedirlo y el receptor de Sextus en captarlo y registrarlo. Pero ese mismo despacho, que a mí me llega instantáneamente y al destinatario le tarda, como mucho, dos horas, tardaría veintisiete años si se enviase por medios convencionales, es decir, un sistema de radio..., que no podría viajar más rápido que lo que le cuesta a un rayo de luz de nuestro sol llegar hasta Vega.

—Sí, me doy cuenta de cómo están las cosas, Dave; pero veo que eso os cuesta un esfuerzo inmenso. Terminas agotado, me parece.

—Estoy deshecho —confesó Hardy—. No sé cómo acabaré...

—Muy mal —dijo Bell crudamente—. Apenas te reconocí ayer, cuando el doctor Coleman y su enfermero te llevaban..., ¿adónde, Dave?

—Al hospital, para reconocimiento y restauración de energías. Al principio, no lo necesitaba en absoluto. Después, tenía que acudir una vez cada dos semanas. Ahora ya, tengo que ir a diario, una vez terminado mi turno de operador..., y lo peor es que no veo cómo salir de este infierno. Aún me quedan catorce meses de contrato...

«No los acabará», pensó Bell. Pero no se lo dijo a su amigo.

—Dave, quizá yo tenga la solución para tu problema —sonrió.

—¿Cómo? ¿Puedes cancelar mi contrato? —preguntó el telépata esperanzadamente.

—No, lo siento, mis facultades no llegan a tanto. Pero te voy a dar la idea, porque tú también tienes que poner algo de tu parte.

—Está bien, habla.

Bell volvió a llenar el vasito y se lo ofreció a su amigo. Hardy chasqueó la lengua.

—Un buen coñac —sonrió—. Ya había olvidado su sabor... Anda, habla, Leo.

* * *

Cuando Bell hubo terminado de exponer su plan, Hardy dio su respuesta, tan rotunda como lacónica:

—¡No!

—¿Por qué? —inquirió Bell.

—No puedo hacerlo... He contraído un compromiso... Al entrar en el servicio, prestamos un juramento...

—Ese juramento no tiene validez alguna —exclamó Bell con no menor rotundidad—. No se puede aceptar el compromiso de un juramento, que implica la destrucción no sólo del cuerpo sino del alma. Estás hecho un guiñapo, Dave, mucho peor de lo que tú mismo te imaginas. Contigo emplean el procedimiento del látigo para que actúes sin cesar..., te explotan, te exprimen inicuamente... ¿Por qué has de respetar tu juramento, si ellos no respetan tampoco su pacto? Para ellos, eres un limón, que se arroja a la basura, una vez extraído todo el jugo, por mucho que doren la píldora con ventajas de retiro y asistencia médica y demás zarandajas. ¿O es que quieres acabar como Ricky Anderson?

Hardy se quedó pensativo durante unos momentos.

—Y si acepto, ¿qué ventajas obtendré? —preguntó.

—La primera y más importante, salvarte tú mismo de la destrucción psíquica y física. Y la segunda, destruir el plan que ellos han tramado, para meterse el Imperio en un puño.

—¡El Imperio! —dijo Hardy con una sarcàstica mueca—. Cientos de planetas, unidos solamente por lazos comerciales y financieros... Leo, ¿sabes que el ochenta por ciento del tráfico de mensajes son exclusivamente comerciales?

—Sí, me lo imagino, Dave. Pero, entonces, quienes presionarán serán las poderosas compañías financieras, a las cuales sólo les interesa la defensa de sus dividendos. Es triste tener que hablar así, pero no se puede eludir la realidad. Y a los dirigentes de esas empresas no les gustaría saber que pueden

caer en manos de un puñado de tipos sin escrúpulos. Por tanto, después de los primeros disturbios, os apoyarían íntegramente.

—De todas formas, no puedo hacer nada solo...

—Consulta con tus colegas. ¿Quién puede interferir vuestros pensamientos?

—Nadie, en efecto. A veces nos saludamos y, si tenemos humor, cambiamos el último chiste..., pero si son temas personales, no, ciertamente nadie nos interfiere.

Bell sonrió.

—Entonces, tú tienes la solución en tus manos —dijo—. Antes de un mes podéis tener acogotado al gobierno, acorralado contra la pared, sin posibilidad de escapatoria. Sois necesarios, mejor dicho..., imprescindibles..., pero no se puede utilizar a una persona como si fuese una herramienta, que se tira a un lado una vez gastada por el uso. Y por muy bien que cuiden a Ricky Anderson y los que se encuentren en las mismas condiciones, no son sino herramientas destruidas por el uso y que ya no se podrán emplear de nuevo.

Hardy movió una mano.

—Bell, otro trago —pidió.

El supuesto Corrigan le entregó el frasquito.

—A tu salud —dijo alegremente.

CAPÍTULO XI

Dos semanas más tarde, se inició el caos.
Los mensajes telepáticos empezaron, a cruzar el espacio:
«Astronave "Louise Redford", matrícula EKYU-77-02-F, entregue en puesto comercial Beta-70 cargamento fletado bajó clave 608.499-2...»
«Tripulante de 1ª Clase, Charles RayO'Hara, transferido de Estación TMI 76 a Estación TMI 34...»
«Astronave "Estrella Polar", matrícula SWCX-975-4-Y regrese inmediatamente a punto de partida. Debe recoger cargamento fletado bajo clave 371...»
«Epidemia cólera en planeta Tertius, noveno sistema Vega... Envíen urgentemente equipos médicos y medicamentos apropiados...»
«Patrulla espacial 49, clave "Cebra 4", asalto al Banco Espacial de Centerville, en Latius, octavo planeta sistema Sirio...»
«Astronave "Helena", matricula FR-300.268-4-R, arroje inmediatamente al espacio cargamento fletado bajo clave 59-42. Se trata de explosivos inestables, que pueden deflagrar en cualquier momento...»
«Aviso para habitantes segundo planeta, cuarto sistema Altair: repentina tempestad radiaciones solares. Abandonen todos sus hogares y refúgiense bajo tierra...»
Y así, cientos y cientos de mensajes totalmente erróneos, cuando no imaginarios, empezaron a sembrar la confusión más absoluta en todo el ámbito del Imperio.
Las astronaves iban y venían por rutas que no debían seguir, tomaban cargamentos erróneos y embarcaban y desembarcaban pasajeros en lugares distantes a veces decenas de años luz de su punto de destino. Las patrullas de vigilancia y socorro espaciales acudían a sitios donde se anunciaban grandes catástrofes y no encontraban nada anormal. Los relevos de tripulaciones de las TMI no llegaban y los suministros de víveres y pertrechos se extraviaban o llegaban confundidos...
Las reclamaciones judiciales empezaron a menudear. Nadie comprendía lo que estaba sucediendo.
Sólo unas cuantas personas conocían la verdad: los telépatas y Leo Bell.
Los perjuicios ocasionados eran inmensos. Las acciones de las compañías de seguros, las más florecientes del mercado, cayeron por los suelos. Algunas grandes empresas iban derechas a la ruina.
Cuatro semanas más tarde de la entrevista que habían sostenido Bell y su amigo Dave Hardy, sobrevino el primer incidente en la estación TMI.
En realidad, fue la chispa que prendió fuego a un barril de pólvora ya seca y sin tapa. Bell procuró estar presente, con su «detector» de fugas de aire, del que no se separaba un solo momento.
El doctor Coleman entró en el departamento de Hardy, acompañado del inseparable enfermero.
—Es la hora —dijo Coleman—. Voy a tomarte el pulso y...
El médico se calló de pronto. Hardy le miraba sonriente, con un enorme


cigarro entre los dientes y un vaso lleno de coñac en la mano derecha.

—Doctor, ¿le han enviado alguna vez a la m...? —preguntó.

—Pero, ¿qué dice? —barbotó Coleman—. ¿Se ha vuelto loco? Vamos, es su turno...

Hardy le echó el humo a la cara. Luego tomó un trago de coñac y volvió a sujetar el cigarro con los dientes.

—Doctor, es usted un asqueroso hijo de perra. No quiero trabajar más en el puesto de TMI.

—Oiga, no puede hacer eso...

—¿Que no puedo hacer eso? Doctor..., cerdo matasanos, es hora de que sepa ya la verdad. Estamos en huelga.

Durante unos segundos, Coleman se negó a admitir el significado de aquellas palabras. Primero apareció el horror en su rostro, pero luego surgió la cólera.

—¡Esto es una insubordinación! ¡Puede costarle caro..., incluso la vida...!

—¿Nos van a matar a todos los telépatas? Doctor, ¿se imagina usted cuánto costaría entrenar y reemplazar a los que estamos actualmente en servicio?

Bell lo escuchaba todo, mientras simulaba revisar los mamparos. Hardy apuró el coñac y puso el vaso en las manos del atónito enfermero.

—Adiós, doctor —se despidió—. Voy a ver si me encuentro con una chica que trabaja en uno de los laboratorios agronómicos. Es un bombón..., y hace tanto tiempo que no me acuesto con una mujer!

Bell se alejó, mientras el doctor Coleman parecía entregarse a un acceso de desesperación. Hardy, convertido ahora en un hombre nuevo, se fue también, pisando firme.

Un poco más adelante, Bell se encontró con la «señora Sandoval», que llevaba en las manos una bandeja con comida.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—González, el operador de tumo, me ha pedido comida —respondió ella.

Bell la miró fijamente. Luego, de súbito, levantó el paño que cubría los platos. Una caja negra, oblonga, apareció inmediatamente ante sus ojos.

Myra había enrojecido violentamente. Bell la agarró por un brazo y se la llevó de aquel lugar.

—Ven, te enseñaré una cosa —dijo.

Un minuto después, llegaban ante una esclusa. Bell puso la cajita negra en el suelo, junto al borde de la compuerta exterior y regresó al pasillo. Cerró la compuerta y presionó el botón de apertura, sin vaciar previamente el aire.

La cajita salió disparada al espacio. Un segundo más tarde, a unos doscientos metros de distancia, se produjo una terrible explosión.

El fogonazo resultó deslumbrador, aunque el estampido lógicamente, no se escuchó, debido a la ausencia de aire que pudiera propagar las ondas

sonoras. Bell tuyo que sostener a la muchacha por un brazo, ya que Myra estaba a punto de desmayarse.

—Leo..., te juro que yo no quería...

Bell la empujó firmemente a lo largo del pasillo.

—Vamos a tu camarote —dijo— Tenemos que hablar.

—Sí, Leo —accedió ella con un hilo de voz.

* * *

—Me la dieron..., para colocarla debajo de una de las máquinas dictógrafas, en que los operadores escriben los mensajes telepáticos que reciben —dijo Myra, que todavía no se había repuesto de la tremenda impresión sufrida al presenciar el estallido de la bomba.

—Te darían instrucciones, ¿no?

—Sí. Dijeron que era un simple artefacto que desprendía un poco de gas invisible, que anularía durante algunos días la capacidad telepática del operador. Como desprendería gas durante veinticuatro horas seguidas, los cuatro operadores quedarían afectados y no podrían recibir ni transmitir mensajes.

—Conque una bomba de gas, ¿eh? Myra, ¿tú sabes dónde está la dictógrafa utilizada por el operador de TMI?

Myra hizo memoria. Sí, lo recordaba. El operador se hallaba sentado frente a un pupitre, situado junto a un enorme ventanal, desde el cual se podía apreciar una espléndida vista del panorama espacial.

—La bomba habría destruido el vidrio, el aire se hubiese escapado y todos los que estaban, allí hubieran muerto instantáneamente —dijo Bell —. Entonces, alguien habría acusado al grupo LM del atentado y ello les habría dejado las manos libres para atacamos más que impunemente, con el aplauso de la gente. Ni más ni menos.

—Pero..., eso no puede ser... Significaría que me han engañado...

—Ya te dije que en vuestras filas había un traidor. Pero, además, ¿por qué has tardado tanto?

—Los operadores de TMI no suelen tomar alimento durante su período de servicio. Me costó mucho hacerme amiga de Frank González, el que está ahora...

—Lo hubieras matado —dijo Bell severamente.

Myra se tapó los ojos con las manos.

—¿Por qué? ¿Por qué han tenido que hacerme esto? —se lamentó amargamente.

—Porque eras la más adecuada y la única del grupo LM que se encuentra en esos momentos en la estación. Pero, sobre todo, porque no sabes pensar con serenidad, porque has adoptado una idea, digamos política, con un

fanatismo, que te impide el raciocinio normal.

—¡Leo, no me digas esas cosas...!

—Tengo que decírtelas, no me las callaría por nada del mundo —contestó él firmemente—. Si ese era vuestro plan, debo criticarlo por absurdo y disparatado. Yo ideé otro y ha salido a las mil maravillas.

—No entiendo...

—Pero, mujer, ¿es que no te has enterado de los disturbios de todas clases que se han producido en las últimas semanas? Naves con destino equivocado, cargamentos de herramientas para los que esperan comida y comida para los que esperan herramientas, anuncios de catástrofes y epidemias que luego no se producen, traslados de personal a puestos que no han solicitado, o movimientos incongruentes de las naves patrulla...

—Algo había oído de eso —admitió la chica—, pero pensé que se trataba de órdenes quizá mal interpretadas...

—Todas eran imaginarias.

Ella le miró largamente, como si tratara de comprender la verdad.

—¿Ordenes imaginarias? —repitió—. Un telépata no puede hacer eso. Se ha comprometido bajo juramento a decir la verdad en todos los mensajes que reciba o transmita, Leo.

—Entonces, por eso, seguramente, no se os ocurrió la idea de plantear el problema a los operadores de TMI.

—Sabíamos que no aceptarían...

Bell rió sarcásticamente.

—¡Vaya una cuadrilla de conspiradores! —se burló—. De no haber sido por lo que vi que le sucedía a mí amigo Erwin Kadd, os hubieran derrotado en toda la línea.

—¡El juramento no se puede quebrantar! —protestó Myra.

—Se ha quebrantado, porque los que tomaron ese juramento no fueron leales. Y porque una persona no puede hacer algo que va contra su integridad física y mental. Y porque los operadores de TMI quieren ser considerados como seres humanos y no como simples máquinas para recibir y transmitir mensajes. Y como yo encontré a alguien dispuesto a aceptar mi plan, la idea se llevó a cabo con éxito absoluto. En estos momentos cientos de empresas y de compañías de seguros están planteando una serie de demandas al Gobierno, que no va a poder resolver ni doblando los impuestos cada año y durante un siglo.

—Oh, Dios mío, pero eso es el caos en el Imperio...

—El caos concluirá bien pronto, cuando los comerciantes y financieros conozcan la verdad, y ahora no se podrá echar mano de la ley de secreto sobre las actividades de operadores de TMI. Y se hará la debida publicidad y los telépatas verán admitidas todas sus demandas, con el apoyo, además, de todos los ciudadanos, que conocerán la verdad tal como es y no como la pinta el Gobierno. Sabes qué mensaje ha sido enviado hace unos minutos a la Tierra?

—No. Dímelo, por favor.

—Los operadores de TMI se han declarado en huelga indefinida. No recibirán ni transmitirán más mensajes, hasta tanto no se acepte la primera y más importante de sus demandas: sólo una hora de servicio al día. Ciertamente, serán cuatro horas de servicio total y habrá mucha demora en los mensajes, pero el mundo no se hundirá por ello ni tampoco, ahora, costará demasiado reclutar telépatas voluntariamente, sin necesidad de echar tras ellos a los sabuesos de la Policía Interestelar. Y todo ello sin necesidad de bombas, Myra.

La chica parecía muy abatida.

—Entonces, puede decirse que el grupo LM no ha hecho nada...

—Ha hecho lo suficiente: traerme a mí a este lugar. Y por otra parte, el que cumple su deber, no debe esperar ni reclamar honores ni recompensas. A menos que ese grupo se constituyera con otros fines nada honestos

—No, no, eso no —protestó Myra con gran vehemencia—. Todos éramos personas idealistas...

—Menos el que te entregó la bomba. ¿Quién fue?

—Ahora lo veo claro —murmuró la chica—. Nunca imaginé que Feldon Latímer fuese un traidor...

—¿Latimer? No le conozco —dijo Bell.

—Es el hombre de la barba blanca —contestó Myra.

CAPÍTULO XII

El periodo de servicio en la estación TMI había concluido. Bell y Myra desembarcaron en la Tierra, en donde todo aparentaba una normalidad absoluta.

Las demandas de los telépatas habían sido aceptadas. Ya se estaban entrenando otros nuevos, todos ellos voluntarios. El caos se había disipado y el orden restablecido de nuevo.

—Me pregunto si Phyllis habrá llegado a creer que seguíamos aquí, en la Tierra —dijo Bell, mientras se encaminaban a la ciudad sobre una cinta deslizante.

—Oh, por supuesto que sí —contestó ella—. Corrigan, con tu apariencia, está de vacaciones. En cuanto a mí, una amiga que tiene más o menos mi figura, está desempeñando mi papel a la perfección.

—Bueno, eso me tranquiliza un poco. Pero aún no hemos dado el problema por terminado.

—¿Qué falta, Leo?

—Lo primero, cambiar de aspecto. Después, iremos al CCI.

Myra respingó.

—Phyllis continúa siendo la directora. Aún no ha dimitido, pese a las presiones ejercidas...

—Pero sus días de poder han concluido. No ha dimitido, ciertamente, aunque, sin embargo, se ha visto obligada a aceptar las demandas de los telépatas. Pero, ¿sabes que haya desistido de sus planes?

—No —contestó ella pensativamente.

—Entonces, debemos desenmascararla de una forma definitiva.

—¿Cómo, Leo?

—Mañana lo sabrás. Me acompañarás, supongo.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo la chica.

Bell se echó a reír de pronto. Myra se extrañó.

—¿Qué pasa ahora, Leo?

—Me estoy acordando de mi amigo Hardy..., y del cigarro en los dientes y el vaso de coñac en la mano..., y de la cara que puso el doctor Coleman, cuando le dijo que iba a pasar unas horas amables con una experta en cultivos agronómicos. Creí que iba a desmayarse. Tú pensarás lo que quieras, pero, para mí, la ruptura del juramento, curó a Dave mejor que todas las medicinas del mundo.

—Sí, debió de ser algo como aliviarse de un peso que le abrumaba totalmente...

—Y si tenemos suerte, podremos liberar de ese peso a todos los que están en el CCI, Incluyendo a mi amigo Erwin Kadd.



Acompañado de Myra, ambos ya con su aspecto habitual, Bell se

presentó al día siguiente en el edificio de la CCI.

—Llame al oficial comandante de la guardia, por favor—rogó a uno de los conserjes.

El oficial se presentó a los pocos minutos y examinó con ojos despectivos al vulgar sujeto que se había atrevido a arrancarle del plácido descanso de su cuarto.

—¿Qué desea? —preguntó altivamente.

—Quiero ver a Erwin Kadd, interno en entrenamiento telepático — dijo Bell.

—¿Es usted familiar suyo en primer grado?

Bell sacó un papel y, tras desplegarlo, lo puso bajo las narices del oficial.

—Mi certificado de parentesco —contestó burlonamente. El oficial de la Policía Interestelar leyó aquellas líneas y su gesto desdeñoso se esfumó en el acto.

—Por supuesto, señor —dijo—. No tengo nada que objetar a una orden del director Haggelstrom. Venga por aquí, señor...

—¿Qué? —gritó Myra—. ¿He oído bien, Leo?

—Has oído perfectamente, nena —contestó Bell apaciblemente—. Pero síguenos, por favor.

—No comprendo nada de nada...

—Ya lo entenderás, descuida.

Momentos más tarde, se hallaban en una pequeña sala, donde sólo había un hombre, sentado en un sillón, con un extraño casco en la cabeza, del que partían unos cables, que iban a parar a una especie de caja de control, de dimensiones más que regulares y situada sobre un pupitre en el que, además, había otros aparatos indicadores. La expresión del sujeto era de total ausencia de la realidad.

—Oficial, quite el casco a ese hombre —ordenó Bell.

—Sí, señor —respondió el interpelado casi servilmente. Bell se inclinó sobre el sujeto, que todavía parecía inconsciente, y le puso una mano sobre el hombro. En la cara de Erwin Kadd apenas si había algo más que piel y huesos.

—Erwin, amigo —dijo el joven afectuosamente—. No pienses ya en nada, no recibas ni emitas mensajes... Estás libre, libre, ¿me oyes?

Kadd tardó unos segundos en reaccionar. Aquel breve espacio de tiempo se le hizo a Myra interminable.

—Eres..., Leo... —dijo Kadd con voz insegura.

—Sí. Lo siento, no pude venir antes... Pero te curarás...

Bell se irguió y miró al oficial.

—Capitán...

—Hoczáry, señor —dijo el aludido.

—Muy bien, capitán Hoczáry. En virtud de las atribuciones que me han sido conferidas por el director Haggelstrom, voy a llevarme a este hombre a un lugar donde los médicos puedan atenderle debidamente. Además, le doy

oficialmente la orden de paralizar todas las investigaciones que se llevan a cabo en este edificio y que sean análogas a las que se realizaban hasta ahora con el señor Kadd. Mientras no se reciba una orden en contrario, esas investigaciones quedarán suspendidas y los afectados serán llevados a un hospital para su tratamiento y curación.

—Sí, señor. Inmediatamente, empezaré a...

—¡Capitán! —estalló de pronto una voz colérica—. Si da un solo paso para cumplir lo que le ha dicho ese individuo, ordenaré que sea sometido a un consejo de guerra, acusado de insubordinación.

Bell se volvió lentamente. En la puerta, acompañada de dos hombres, estaba Phyllis Wakeman, desfigurado su hermoso rostro por la inmensa furia que hervía en su interior.

* * *

—Querida Phyllis —dijo el joven tranquilamente—, tú no harás nada de eso, porque, sencillamente, aquí ya no tienes ninguna autoridad. El último de los conserjes puede dar órdenes que a ti ya no te serían aceptadas.

Avanzó unos pasos y puso en manos de Phyllis otro papel. Luego se retiró un par de metros.

Ella empezó a leer el contenido del documento. Mientras, Bell escrutaba los rostros del coronel Sholtone y de Feldon Latimer, de cuyo rostro había desaparecido ya la barba blanca.

—Me..., me han destituido... —dijo Phyllis a poco, con voz débil.

—En efecto. Ya no eres directora del CCI ni tienes cargo alguno en el gobierno. Haggelstrom ocupará ahora tu puesto y, créeme, las cosas ya no volverán a ser como antes —señaló a Kadd, quién todavía no acababa de recuperarse—. Ya no podrás poner en práctica la segunda parte de tu plan, la que te inspiraron algunos científicos sin escrúpulos. No, no tendrás telépatas que obedezcan exclusivamente tus órdenes, no habrá hombres con mente superior capaces de influenciar en las computadoras y en los sistemas de gobierno de las naves. Pero, sobre todo, no podrás conseguir el motor psíquico que un cerebro infernal había ideado..., para conseguir la traslación instantánea de una astronave, mediante el impulso mental de un desdichado esclavo telépata, sometido a las más horribles de las servidumbres y que le habría matado al cabo de pocos meses. Pero ¿qué os importaban unas muertes más o menos, si ello os iba a dar el dominio absoluto del Imperio?

»Cientos y cientos y hasta miles de telépatas, trabajando exclusivamente para vosotros, muriendo día a día en agotadoras sesiones de transmisión mental, influyendo en las calculadoras, en los detectores, en los motores de las naves... La Galaxia entera os hubiera cabido en un puño y de unos pocos miles de esclavos, habríais pasado a mandar en centenares de miles de

millones de hombres y mujeres, que habrían sido vuestros servidores sin saberlo siquiera. Cometisteis un error y debéis pagarlo —concluyó Bell rotundamente.

Phyllis hizo un esfuerzo por recobrarse.

—¿Cuál fue el error? —preguntó.

—El mismo que cometieron los que se os oponían, el grupo LM. Querían la libertad de los telépatas, pero ya no los consideraban seres humanos; sólo máquinas vivas que transmitían y recibían mensajes... Pero seguían siendo personas, a las que aún quedaba una pequeña capacidad de reacción. Y cuando reaccionaron y conocieron la verdad, vuestros planes se vinieron abajo.

—Ellos quebrantaron un juramento...

—Porque no tenía razón de ser, en las condiciones actuales. Y yo les di la idea y se produjo el caos primero y luego el cese total de las transmisiones mentales instantáneas. Pero, a partir de ahora, todo será distinto; ya no habrá hombres y mujeres forzados a un inhumano período de servicio en las estaciones TMI. Ahora, no habrá dificultad alguna para reclutar voluntarios que saben que no harán más de cuarenta o cuarenta y cuatro horas de servicios en seis meses y que terminarán su contrato en perfecto estado de salud. Y el Imperio, así, no caerá en manos de unos pocos sin escrúpulos. Pero el que he dicho no fue el único error que habéis cometido.

—Dímelo —pidió Phyllis.

—La avaricia rompe el saco..., o, por mejor expresarlo, el querer disponer de otros fondos del departamento para estas repugnantes investigaciones, en lugar de gastarlo en contratar telépatas en mejores condiciones. Por ahorrar algunos millones, lo habéis perdido todo.

Phyllis se volvió hacia Latimer.

—Se lo advertí, no podíamos ser tacaños —le reprochó.

—Y si no lo hubiéramos sido, jamás hubiésemos iniciado la segunda parte de las investigaciones —contestó Latimer malhumoradamente.

—En fin, la cosa ya no tiene remedio —suspiró Phyllis—. El director Haggelstrom te ha nombrado comisario especial para el caso. ¿Qué piensas hacer con nosotros?

—Presentaré una acusación por empleo indebido de fondos públicos y daños a la mente de cuantas personas han sido forzadas a ser sujeto de estas investigaciones. No se os puede acusar de nada relativo a los operadores de las estaciones TMI, pero los que estaban aquí no vinieron por su voluntad y bajo contrato regular, sino que fueron capturados por vuestros cazadores de cerebros. Los hechos están más que probados, de modo que es fácil imaginar la sentencia del tribunal.

Phyllis palideció horriblemente.

—La Fortaleza Negra de Plutón... —murmuró.

Latimer lanzó un grito estentóreo:

—¡ Ah, no, no! ¡Yo no iré allí...!

Súbitamente, metió la mano bajo sus ropajes. Bell intuyó el gesto y saltó hacia adelante, justo en el momento en que aparecía la pistola. Golpeó con fuerza la mano de Latimer y el arma se disparó, desviada a su derecha.

Phyllis no pudo gritar siquiera: en un segundo, su hermoso cuerpo se había convertido en una nube gris, de la que se desprendían un olor nauseabundo.

Latimer se quedó aturdido al darse cuenta de lo que había sucedido. Parecía una estatua. Bell disparó su puño y le golpeó en la mandíbula contundentemente.

Sholtone, lleno de pavor, alzó los brazos.

—Me entrego, me entrego...

Bell movió la cabeza.

—Capitán Haczáry, hágase cargo de estos dos hombres y considérelos como prisioneros, en espera de su juicio —dijo—. Y después, haga cumplir puntualmente las órdenes que le di, antes. Me responde con sus galones, ¿entendido?

Haczáry saludó rígidamente.

—Sí, señor.

Bell se inclinó entonces sobre Kadd, quien continuaba en la misma postura, sin dar señales de haberse enterado de lo sucedido.

—Vamos, Erwin, viejo amigo, haz un esfuerzo y levántate. Ya eres un hombre libre —dijo persuasivamente.

Kadd se levantó y empezó a andar. Myra se mordió los labios para no echarse a llorar.

Ricky Anderson, su antiguo prometido, había muerto ya, pero, al menos, otros desgraciados conseguirían su salvación.



Leo Bell llenó un vaso de café y se dispuso a tomarse la infusión. Entonces, llamaron a la puerta.

Abrió.

—Hola, Myra. ¿Quieres entrar?

Ella hizo un breve gesto de aquiescencia. Tenía las manos juntas delante del cuerpo y sus ojos aparecían bajos, sin atreverse a mirar de frente al hombre.

—Tengo que decirte algo, Leo...

—No será de importancia, supongo —opinó él—. ¿Quieres un poco de café?

—Gracias, no me apetece... Lo que iba a decirte es que me porté como una tonta...

—Bueno, bueno, mujer, a fin de cuentas, todo ha resultado bien..., y bien

está lo que bien acaba, ¿no?

—Pero pudo acabar catastróficamente, Leo.

—Eso es cierto —admitió él—. Pero así, me parece, no volverás a sentir la veleidad de tomar parte en una nueva conspiración.

—No, nunca más —prometió ella con gran vehemencia—. Confieso que me dejé llevar por las melifluas palabras de Latimer...

—El elemento provocador, introducido por Phyllis, al objeto de conseguir mejor sus propósitos y poder actuar impunemente.

—Sí, ahora lo veo claro, aunque, de todas formas, no comprendo cómo pudo elegirme Latimer.

—Alguna razón tendría, ¿no?

—Bueno, como no fuese la de mi apellido...

Bell arqueó las cejas.

—¿El apellido? ¿Qué tiene que ver con todo esto? —exclamó, sorprendido.

—Leo, yo me llamo Myra Louise Haggelstrom.

—¡Rayos!

—Cuando entré en el grupo LM, suprimí la última letra del segundo nombre y quedé en Myra Louis, que es como tú me conociste.

—Entonces, no digas más: buscaban comprometer al padre, adversario político, a través de la hija.

—Sí, pero mi padre me ayudó. Él fue quien me proporcionó el extracto de loro y el de flor de loto...

—¿Y qué hubiera sucedido si llegas a poner la bomba en el cuarto de transmisiones?

Myra se estremeció.

—No quiero ni pensarlo —dijo—. Pero tú, ¿cómo conseguiste el nombramiento de mi padre?

Bueno, fui a verle, le expliqué lo que sabía, él convocó una reunión del gabinete, planteó los hechos..., y me dieron carta blanca para actuar. Pero, sobre todo, pensaron que quien había conseguido la primera huelga de telépatas podía ponerles otra vez en un apuro, si no cedían en las que ahora se consideran mínimas pretensiones. ¿Sabes?, he recibido un mensaje de Hardy. Dice que me van a nombrar telépata honorario. ¿Qué te parece?

Myra sonrió.

—Una bonita recompensa —calificó—. ¿Qué harás ahora?

—Bueno, Quizá siga en el cargo de comisario inspector de TMI. Pero antes quiero hacer una cosa. Ven, Myra.

Agarró a la chica por un brazo y la situó ante una pantalla de televisión, provista de numerosos controles. Se inclinó, eligió una tecla y la presionó.

Un segundo después, apareció en la pantalla el rostro de un hombre con toga y cuello blanco.

—¿Quiénes desean casarse? —preguntó el juez de paz.

—Yo, Leonard Bell, con Myra Louise Haggelstrom —dijo el joven

firmemente.

—¿Acepta la novia esta petición de matrimonio?

—Sí—contestó Myra con rotundo acento.

FIN